EL CUCLILLO

Un día una chica paseaba por el bosque, cuan­do oyó a un cuclillo. Alzó la vista y vio al pája­ro volando de rama en rama y cantando alegre­mente.

<<Cuclillo, ¿no quieres decirme dónde está tu casa?>>, preguntó la chica.

<<¿Mi casa? ¡El bosque entero es mi casa!>>.

<<Mi abuelo tiene un cuclillo en casa>>, dijo la chica. <<Vive en un pequeño nido encima del reloj y no sale nunca de casa. No se pasa todo el día cantando como lo haces tú. Sólo canta una vez cada hora>>.

<<Ah>> dijo el cuclillo. <<¿Te refieres a un cuclillo que vive dentro del reloj y canta la hora?>>.

<<Sí; así es>>, respondió la chica. <<Es muy bonito y canta magníficamente>>.

El cuclillo meneó la cabeza. <<Puede que sea cierto; pero él no es real>>.

<<¿Qué quieres decir con real?>>, preguntó la chica. El cuclillo se explicó pacientemente. <<No puede vo­lar como yo adondequiera. No tiene amigos. No pone huevos. No sabe amar ni puede sufrir. Su canto es monótono, sin sentimiento>>.

La chica se quedó perpleja. <<Pero, ¿no es estupendo tener una bonita casita, cantar cada hora y ser estima­do por la gente?>>.

<<En absoluto>>, repuso el cuclillo. <<Es mejor ser libre que tener una casa, cantar cuando a uno le place y no sólo al dar la hora, cuidar de otros en vez de que cuiden de ti, ser amado en lugar de ser estimado>>.

<<Me gustas, cuclillo>>, dijo la chica. <<Te quiero. Ven te a mi casa y canta para mí todas las horas. daré un sitio donde estar. Seré tu amiga y tú serás mi ami­go>>.

El cuclillo contesto: <<Si realmente eres mi amiga y me quieres, entonces no me prives de mi libertad. Déjame ser yo mismo. Si me quieres y deseas ser mi amiga, yo iré a tu jardín a cantar para ti. Iré a verte y a decirte que te quiero. Puede que mis visitas no sean regulares; pero ten la seguridad de que mi canto será más delicioso que el canto del cuclillo de tu reloj, y que mis visitas te procurarán más alegría que la pre­sencia muerta del cuclillo encerrado para siempre en tu casa. Nuestra amistad será dulce, cálida y afec­tuosa>>.

<<¿Quieres decir real?>>, dijo la chica.

<<Sí, será real>>, respondió el cuclillo.

LA ÚLTIMA GOLONDRINA

Una golondrina llegó tarde a la cita otoñal. Sus her­manas ya habían partido. ¿Qué hacer?... Se lanzó al mar sola.

El sol brillaba con fuerza y no se divisaba ninguna nave. Después de varias horas le faltó el ánimo y deci­dió dejarse caer en el agua y así morir

En ese momento vio otra golondrina que planeaba casi a ras de mar en su misma dirección. Se alegró y, haciendo un esfuerzo, remontó el vuelo.

Cada vez que se sentía cansada, miraba a su fiel compañera, que la seguía en toda su evolución, y de esta manera volaba con más fuerza.

Llegó la noche y la golondrina amiga desapareció, si bien la meta estaba muy cercana.

Se dijo entonces:

— << ¿Dónde estás, amiga de viaje?... ¿Tal vez sólo has sido mi propia sombra proyectada sobre el agua del mar?... >>

**(P. Pezzani)**

LA ESTRELLA ESCONDIDA

Las estrellas celebraron su asamblea, y cada una sacó a relucir, como saben hacer relucir las estrellas, sus propios méritos en la creación y en la vida del hombre, rey de la creación. La estrella polar demostró cómo ayudaba a los hombres a fijar el norte de sus caminos y de sus mapas; el sol describió el calor, la luz, la vida que hacía llegar a todos los hombres y mujeres de la tierra; una estrella poco conocida reveló que ella fue la que confirmó la teoría de Einstein cuando pasó oportunamente tras el sol durante un eclipse, y con ello hizo un gran servicio a la ciencia; y otras mencionaron los nombres que habían hecho famosos y los descubrimientos a que habían dado lugar. Cada una tenía algo que decir, y rivalizaban en fama y esplendor.

Sólo una pequeña estrella, remota y escondida, permanecía callada en la asamblea celestial.

No se le ocurría nada que decir. Cuando le llegó el turno y hubo de hablar, confesó que ella nada había hecho por el cosmos o por el género humano, y que los hombres y mujeres de la tierra ni siquiera la conocían, pues aún no la habían descubierto. Las demás estrellas se rieron de ella y la tacharon de inútil, perezosa e indigna de ocupar un sitio en el firmamento. Las estrellas están para alegrar el cielo, y ¿de qué sirve una estrella que ni siquiera se sabe que existe?

La pequeña estrella escuchaba todos los reproches que le dirigían sus hermanas, y algo se le ocurrió mientras hablaban, y lo dijo al final:

«¿Quién sabe?», dijo parpadeando suavemente, «a lo mejor yo también estoy contribuyendo, a mi manera, al progreso y bienestar de hombres y mujeres en la lejana tierra. Es verdad que no me conocen, pero ellos no son tontos, y sus cálculos les dicen que para explicar el curso de otras estrellas y cuerpos celestes que conocen, tiene que haber todavía alguna otra estrella que con su atracción gravitatoria explique las desviaciones en los caminos de las demás. Por eso continúan estudiando y observando y buscando, y con ello avanza su ciencia y continúa despierto su interés». Las otras estrellas se habían callado mientras hablaba, y ella tomó ánimos con su silencio y añadió algo al final que hizo pensar a todas:

«No es que yo quiera anteponerme a nadie, y tenéis mucho mérito todas con lo que habéis hecho por los hombres y mujeres de la tierra; pero creo que yo también les estoy prestando un servicio importante: que sepan que aún les queda algo por descubrir».

Bello mensaje. Aún nos quedan estrellas por descubrir. Aún quedan cielos por explorar y aventuras por em­prender.

EL AMOR ES QUIEN DA SENTIDO A NUESTRA VIDAS

Cuentan de un gran filósofo que día tras día se debatía en torno al sentido último de la existencia. Había dedicado a la solución de este enigma su mejores años de vida. Había consultado a los más grandes sabios que la humanidad haya tenido en todos los tiempos. Y no encontró una respuesta satisfactoria a tan torturante cuestión.

Una tarde en el jardín de su casa, dejando a un lado sus pensamientos, reparó en su hija de cinco años que estaba jugando alegremente. Se acercó a ella y le preguntó:

- << ¿Para qué estás en la tierra? >>.

A lo que la niña respondió rápidamente:

- << Para quererte a ti, papá >>.

**(Anónimo)**

EL VIGÍA

Había una vez un castillo rodeado por un vasto desierto. A veces una solitaria carava­na se detenía allí; pero, aparte de eso, la vida del castillo era monótona, sin cambios apenas día tras día y año tras año.

Un día el rey envió un mensaje: <<Estad preparados. Nos han dicho que Dios proyecta visitar nuestro país y que desea detenerse en vuestro castillo. Estad dispuestos para recibirle>>.

Los oficiales que vivían en el castillo siguieron las instrucciones del rey. Dispusieron que se pintaran las paredes y se limpiaran las habitaciones, y ordenaron que el vigía permaneciera alerta a cualquier señal de la proximidad de Dios. El vigía se sintió muy orgulloso. Jamás se le había confiado antes una misión tan importante.

Se pasaba el día y la noche en la atalaya avizorando el horizonte, constantemente alerta y atisbando los indicios de la presencia de Dios. Con frecuencia se decía: <<¿Cómo será Dios? ¿Llegará con un gran séquito? ¿Ven­drá acompañado de un poderoso ejército?>>.

Absorto en aquellos pensamientos, el fiel vigía pasó semanas y meses observando y esperando, lleno de esperanza, mientras que en el interior del castillo, los oficiales y soldados se habían olvidado completamente de la visita de Dios.

Pasados muchos años, el vigía comenzó a sentirse cansado. <<¿Llegará Dios alguna Vez?>>, se preguntaba. <<¿Por qué tarda tanto en Venir? ¿Querrá encontrarse con un pobre hombre como yo cuando llegue aquí?>>.

Siguió escrutando el vacío horizonte hasta que su vista comenzó a fallar y a duras penas podía moverse, oír o ver. Supo que su fin se acercaba. Tristemente murmuro: <<He pasado toda mi vida esperando a Dios. Todo lo que he deseado ha sido verle, pero él no viene. ¿Ha sido vana mi espera?>>.

Entonces llegó hasta él una voz; estaba tan cerca que parecía salir del fondo de su mismo corazón. <<¿No me reconoces? ¿No me ves? Estoy aquí, a tu lado, den­tro de ti>>.

El vigía se sintió azorado, pero henchido de alegría. <<Dios mío>>, dijo, <<¿sois realmente Vos? ¿Habéis venido por fin? ¿Qué me sucede? Nunca os he oído ni visto llegar. Mas, ¿por qué me habéis hecho esperar tanto?>>.

Dulcemente la voz respondió. <<Desde el mismo momento en que decidiste esperarme, he estado dentro de ti. He estado aquí todo el tiempo. ¿No conoces el secreto? Sólo los que me esperan me verán>>.

Una maravillosa sensación de paz invadió al vigía. <<¡Así que estabais dentro de mí, y yo os buscaba fue­ra!>>, dijo. <<¡Qué necio he sido! Ahora conozco el secre­to. Puedo irme en paz>>.

ADORAR AL VERDADERO CREADOR

El maestro pregunto al discípulo:

— << ¿Por qué no adoras los ídolos? >>.

El discípulo respondió:

— << Porque el fuego los quema >>.

— << Entonces adora el fuego >>.

— << En todo caso adoraría el agua, capaz de apagar el fuego >>.

— << Adora entonces el agua >>.

— << En todo caso adoraría las nubes, de las cuales proviene el agua >>.

— << Adora las nubes >>.

— << No, porque el viento es más fuerte que ellas >>.

— <<Entonces adora el viento que sopla >>.

— << Si debiera adorar al viento, adoraría al hombre que tiene poder de soplar >>.

— << Adora entonces al hombre >>.

— << No, porque muere >>.

— << Adora la muerte >>.

— << Lo único digno de adorarse es al Dueño de la vida y de la muerte >>.

El maestro alabó la sabiduría del discípulo.

**(Anónimo judío)**

NARADA

El sabio indio Narada partió en peregrinación hacia el templo del Señor Vishná. Una noche se detuvo en una aldea y le dieron asilo en la choza de una pobre pareja. A la mañana siguiente, antes de que marchara, el hombre le dijo a Narada: «Ya que vas a ver al Señor Vishná, pídele que nos conceda un hijo a mi mujer y a mí porque son muchos años ya los que llevamos sin descendencia».

Cuando Narada llegó al templo, dijo al Señor:

«Aquel hombre y su mujer fueron muy amables conmigo. Ten compasión de ellos y dales un hijo». El Señor de un modo terminante, le replicó: «En el destino de ese hombre no está el tener hijos». De modo que Narada, una vez hechas sus devociones, regresó a casa.

Cinco años más tarde emprendió la misma peregrinación y se detuvo en la misma aldea, siendo hospedado una vez más por la misma pareja. Pero en esta ocasión había dos niños jugando a la entrada de la choza.

«¿De quién son estos niños?», preguntó Narada. «Míos», respondió el hombre.

Narada quedó desconcertado. Y el hombre prosiguió: «Hace cinco años, poco después de que tú te marcharas, llegó a nuestra aldea un santo mendigo. Nosotros le dimos hospedaje aquella noche. Y a la mañana siguiente, antes de partir nos bendijo a mi mujer y a mí... y el Señor nos ha dado estos dos hijos».

Cuando Narada lo oyó, no pudo esperar más y marchó inmediatamente al templo del Señor Vishnú. Una vez allí, gritó desde la misma entrada del templo: «¿No me dijiste que no estaba en el destino de aquel hombre el tener hijos? ¿Cómo es que ahora tiene dos?».

Cuando el Señor le oyó, rió sonoramente y dijo: «Debe de haber sido cosa de un santo. Los santos tienen el poder de cambiar el destino».

LA TIENDA DE LA VERDAD

No podía dar crédito a mis ojos cuando vi el nombre de la tienda: LA TIENDA DE LA VERDAD. Así que allí vendían verdad.

La correctísima dependienta me preguntó qué clase de verdad deseaba yo comprar: verdad parcial o verdad plena. Respondí que, por supuesto, verdad plena. No quería fraudes, ni apologías, ni racionalizaciones. Lo que deseaba era mi verdad desnuda, clara y absoluta. La dependienta me condujo a otra sección del establecimiento en la que se vendía la verdad plena.

El vendedor que trabajaba en aquella sección me miró compasivamente y me señaló la etiqueta en la que figuraba el precio. «El precio es muy elevado, señor», me dijo. «¿Cuál es?», le pregunté yo, decidido a adquirir la verdad plena a cualquier precio. «Si usted se la lleva», me dijo, «el precio consiste en no tener ya descanso durante el resto de su vida».

Salí de la tienda entristecido. Había pensado que podría adquirir la verdad plena a bajo precio. Aún no estoy listo para la Verdad. De vez en cuando ansío la paz y el descanso. Todavía necesito engañarme un poco a mí mismo con mis justificaciones y mis racionalizaciones. Sigo buscando aún el refugio de mis creencias incontestables.

VUELO NOCTURNO

Una noche, un avión cruzaba el océano Atlántico. Los pasajeros estaban disfrutando de la cena, se escuchaba una música suave y la at­mósfera era relajada y serena. De pronto, los sistemas de comunicación y dirección del aparato fallaron y el panel se quedó en blanco.

El ingeniero de vuelo no pudo reparar la avería. El piloto se sintió presa del pánico. ¿Cómo iba a conse­guir llegar a su destino? Estaba sobrevolando el océano enuna noche oscura sin señales que le guiaran. Pidió a la azafata que averiguara si entre los pasajeros había algún experto en electrónica.

Después de unos instantes de ansiedad, entró un pasajero en la cabina

<<¿Es usted experto en electrónica?>>, preguntó el piloto.

<<No, señor>>, respondió el pasajero. <<No sé absoluta­mente nada de esas cosas>>.

<<Entonces, ¿qué está usted haciendo aquí?>>, preguntó el piloto.

<<Dígame cuál es el problema. Quizá pueda ayudarle>>, indicó el pasajero.

El piloto grito furioso: <<¡Si no sabe nada de electrónica, salga de la cabina. No me sirve!>>.

El pasajero dijo serena y cortésmente: <<Dígame, por favor, cuál es el problema. Creo que puedo ayudarle>>.

<<¿Es que no lo ve por sí mismo?>>, saltó destemplado el piloto. <<Todos los instrumentos han dejado de funcionar. Nosabemos d6nde estamos. Nos encontramos perdidos sobre el océano en medio de la noche>>.

<<Bien, pero yo puedo ayudarle>>, dijo el pasajero. <<Conozco algo que nunca falla.No ha fallado nunca en el pasado ni fallará en el futuro>>.

El piloto clavó en él su mirada incrédulo. <<¿De qué está hablando?>>, preguntó.

<<El cielo, amigo>>, repuso el extraño. <<Las estrellas nos guiarán. Muéstreme su mapa de ruta sobre el Océa­no y nuestro punto de destino>>.

El pasajero, una persona de aspecto corriente era astrónomo. Se sentó junto al piloto con el mapa en su regazo y los ojos clavados en el cielo. Firme y hábilmente, dirigió el vuelo del piloto. Al amanecer el avión aterrizaba puntual en su des­tino.

NO PUEDO HACERLO, PAPÁ

# Un día, David y su padre estaban cavando en un huerto que había detrás de su casa, cuan­do tropezaron con una gran piedra.

# <<Tenemos que quitarla>>, dijo su padre.

<<Yo lo haré>>, dijo David, deseando ser útil.

Empujó y jadeó hasta quedar sin aliento.

<<No puedo hacerlo>>, dijo, admitiendo su derrota.

<<Yo creo que puedes>>, respondió su padre. <<Si inten­tas todo lo que crees que puedes>>.

David lo intentó de nuevo hasta que le dolieron los brazos y estuvo a punto de llorar.

<<No puedo hacerlo>>, repuso. <<De verdad que no pue­do, papá. Lo he intentado con todas mis fuerzas y no se ha movido ni una pizca>>.

<<¿Has hecho realmente todo lo que te parece que puedes hacer?>>, preguntó amablemente su padre. Da­vid asintió con un gesto; pero su padre movió la ca­beza.

<<No, hay una cosa que has olvidado hacer. Si lo haces, conseguirás mover la piedra>>.

<<¿Qué es lo que he olvidado?>>, preguntó David con­fuso. Su padre sonrió.

<<Tengo razón entonces>>, afirmó. <<Podías haberme pedido que te ayudara; pero no lo hiciste>>.

<<Papá, ¿quieres ayudarme?>>, preguntó David.

El padre y el hijo aunaron sus fuerzas y comenza­ron a empujar. Lentamente, la piedra se movió hasta dejar libre el huerto. David se reía encantado.

<<Lo hemos logrado, papá!>>, dijo.

EL HOMBRE SANTO Y LOS VIAJEROS EXTRAVIADOS

Un hombre santo se dirigía en peregrinación a un santuario. El viaje era difícil, y mientras a travesabael bosque se perdió.

Durante varios días intentó encontrar un camino que le sacaradel bosque. Recorrió todos los senderos y caminó en todas las direcciones, pero fue todo en vano. Es como si cada vez se metiera más dentro de la oscu­ridad del bosque.

Al fin tropezó con un grupo de trabajadores. Tam­bién ellos andaban perdidos y buscaban el camino de­bido. Al ver al hombre santo se regocijaron.

<<¡Gracias a Dios!>>, se dijeron. <<Este hombre santo nos salvará. Él nos mostrará el camino para salir del bosque>>.

Comenzaron a suplicarle. <<Hombre de Dios, enséña­nos el camino>>, le instaban. <<Estamos perdidos. Ayúdanos o pereceremos todos>>.

«No puedo deciros qué sendero debéis tornar, porque también yo lo ando buscando», respondió el hombre santo. «Sólo puedo señalar las sendas que parecen adentrarse más en el bosque. Mirad, exploremos jun­tos, ya que todos buscamos el mismo camino. Todos buscamos el camino que nos conduzca a la libertad y la salvación».

**(Una historia india)**

«EL VELOZ»

Había una escuela de peces pequeños, que vivían felices en el océano. Uno de ellos tenía dotes tan extraordinarias que sus amigos le dic ron un apodo. Le llamaban <<El veloz>>.

Un día un pez enorme paso junto a la escuela mi­rando a todos como un inocente transeúnte, hasta que, de pronto, se los tragó a todos. A todos excepto a <<El veloz>>, que se las ingenió para escapar.

<<El veloz>> escapó porque, al ser pequeño, era muy cauteloso siempre que veía un pez más grande que él. Era tan rápido y ágil que ponía furiosos a los peces grandes, saltando por encima de ellos y desapareciendo luego como una flecha antes de que pudieran cogerle.

<<El veloz>> estaba resuelto a explorar todas las belle­zas del mundo subterráneo y no quería dejar que el miedo se lo impidiera. Mientras que el resto de sus amigos estaban comiendo, el proseguía valientemente sus viajes de descubrimientos solo.

Mucho tiempo después encontró otra escuela de pe­ces pequeños exactamente igual que la suya. ¡Qué feliz se sintió de encontrar de nuevo compañía! Ellos le es­cuchaban embelesados cuando les describía los espectáculos que había contemplado y los lugares que había visitado. Les habló de la triste suerte de la última es­cuela de la que había formado parte, y ellos admitieron que también tenían miedo de los peces grandes.

Pero <<El veloz>> era listo y había aprendido mucho acerca de cómo sobrevivir en sus solitarios viajes por el océano.

<<Escuchadme>>, les dijo a los peces pequeños. <<Sólo hay una manera deseguir vivos y de disfrutar de todo lo que la vida nos ofrece. Debemos unirnos y perma­necer juntos. Agrupémonos de tal manera que parez­camos un pez enorme, y de esa manera infundiremos temor a todos los peces grandes y nos dejarán solos>>.

Los peces pequeños se agruparon en forma de un pez, con <<El veloz>> delante como el ojo vigilante de una criatura simulada. Viajando en formación, exploraron el mar felices y tranquilos. A partir de entonces, los peces grandes les temían y respetaban.

DÍA DE LA LUZ

En una noche bien oscura hubo de salir una perso­na a atravesar un bosque denso.

Llevaba un cirio en la mano y en el corazón un miedo grande a que el viento de la noche terminase con su luz.

Antes que amaneciera era imprescindible haber ter­minado la travesía. Si no, quien le esperaba para lle­varlo lejos, marcharía sin ella. Aquella persona iba preocupada por llegar a tiempo. Delante, muchos kilómetros, pocas horas, camino duro y oscuro y un miedo importante a caer.

Y aquella persona anduva ligera en el bosque; con la corta luz de su cirio descubrió la senda, protegió con su mano la llama de la vela del viento y se aden­tró entre los árboles.

Tan pendiente iba de su luz pequeña que ni tiempo le quedaba para mirar a los lados del camino. Sólo veía la senda y la luz. Caminó así rato y rato. No lleva­ba mal ritmo. Parecía que sí llegaría antes de amane­cer al otro lado del bosque.

Algo más tarde se puso a andar otra persona

Debería marcha más ligero; pues tenía menos tiem­po para el mismo camino.

Los últimos que le vieron la tarde aquella, pensaron que pudiera ocurrir que se tomase la marcha con demasiada alegría y llegase tarde.

El caso es que, después que arrancó la primera persona - demasiado después, decían algunos -, se levan­tó y entró en el bosque.

Claro, el primero ya iba muy adelante.

Buscó la senda, protegió con su mano la llama de la vela del viento... y miró alrededor, pues le pareció oir el ruido de alguien.

Mal iba de tiempo, mas se acercó para ver. Tumba­do y dormido estaba un hombre. Tenía cerca una vela apagada. Se la encendió. La aproximó a su rostro y con el reflejo de la luz se despertó este hombre que había desistido de caminar, porque le faltaba la llama de su cirio.

Le dijo: - << ¡Pronto, camina!, >>. Se puso en pie y le acompañó. Ya eran dos.

Otro vio lo que pasaba. También acercó su vela. Ya eran tres, pero no andaban.

Veían mejor. Por fin marcharon algo más ligeros. Aquella triple luz alertó a otros dormidos que reclama­ron lumbre para sus cirios. La repartieron los tres. Antes pasó con una pequeña luz, pero no les oyó.

Ya eran muchos y avanzaban. Parecía una proce­sión. Gente nueva se incorporaba: los que tuvieron miedo de ir solos. Los que descuidaron su luz que se apagó. Los que no tuvieron vela nunca.

Uno descuidó un instante su cirio encendido y el viento le dejó a oscuras. Un joven que caminaba a su lado enseguida acercó su luz y pronto brillaron sus dos luces además de las de todos.

Se veía ahora muy bien el camino. Se avanzaba lige­ro.

Cuando quedaba poco tiempo para amanecer, los primeros de este trío de luz divisaron una chispa delante. Era aquella persona que salió primera, que cuidaba mucho su pequeña luz, que miraba su cami­no solo.

Llegó junto a ella el grupo, que ahora cantaba. Le rodearon todos. Le hicieron mirar alrededor. También consiguieron que riera.

No se pararon. Cuando llegó el sol habían llegado todos.

**(Popular)**

SE HACE CAMINO AL ANDAR...

Una noche un hombre tuvo un sueño. Soñó que iba pastando por una gran playa. A medida que cami­naba, se iba proyectando en su mente la película de su vida. Se dio cuenta de que en cada escena de la película de su vida existían dos pares de huellas en la arena: las suyas y las de su Dios. Cuando la última escena de su vida apareció ante él, volvió a mirar retrospectivamente las huellas sobre la arena de la playa. Entonces noto que muchas veces a lo largo de su vida había tan solo un par de huellas. Comprobó que esto ocurría en los momentos más difíciles de su existencia.

Llegó a preocuparse en gran manera por este hecho, y preguntó a su Dios:

- << Señor, tú me dijiste una vez que si decidía seguirte, caminarías siempre conmigo... Sin embargo he notado que durante los momentos de mi vida en que tenía más dificultades y problemas tan sólo exis­tía un par de huellas. No comprendo por qué cuando mas te necesitaba más me abandonabas >>.

Su Dios respondió:

- << Hijo, te quiero y nunca te he abandonado. En los momentos de angustia y sufrimiento, cuando tú has contemplado tan sólo un par de huellas, eran los momentos en que yo te transportaba en mis bra­zos >>.

**(Anónimo brasileño)**

PARÁBOLA DE LAS MULETAS

Durante siete años no pude dar un paso. Día y noche caminaba con mis muletas... casi arrastrándo­me por el lodo de los mil caminos de la tierra.

Fui al gran médico y le conté mi caso.

- << ¿Por qué llevas muletas? >>, me pregunto.

- << Por que estoy tullido >>, le respondí.

- << No es extraño, me dijo el gran médico, prueba a caminar sin muletas. Son esos trastos los que te impi­den caminar. Deja esas muletas aunque tengas que caminar a cuatro patas >>. Y antes de que pudiera reac­cionar, el gran médico, riendo como un monstruo, arrancó las muletas de mis manos, y las rompió en mis espaldas. Y sin dejar de reír las arrojó al fuego.

Ahora estoy curado. Camino con normalidad. Me curó una carcajada y una voz que me dijo que tenía que romper mis muletas. Es verdad que tan sólo a veces, cuando veo en mi camino palos o algo que se asemeje a mis muletas, camino peor durante unas horas. Pero estoy contento a pesar de todo: he apren­dido que en la vida lo importante es romper tus muletas y ayudar a que otros también rompan las suyas.

**(Sobre un poema de B. Brecht)**

NACEMOS A DOS VIDAS: LA PRESENTE Y LA ETERNA

Sucedió que en un seno materno fueron conce­bidos gemelos. Pasaron las semanas y los gemelos crecieron. A medida que fueron tomando concien­cia, su alegría rebosaba: “Dime, ¿no es increíble que vivamos? ¿No es maravilloso estar aquí?”.

Los gemelos empezaron a descubrir su mundo. Cuando encontraron el cordón que les unía a su madre y a través del cual les llegaba el alimento, exclamaron llenos de gozo: “¡Tanto nos ama nues­tra madre que comparte su vida con nosotros!”.

Pasaron las semanas, luego los meses. De repente se dieron cuenta de cuánto habían cam­biado. “¿Qué significará esto?” -preguntó uno-. “Esto significa -respondió el otro- que pronto no cabremos aquí dentro. No podemos quedamos aquí: naceremos”. “En ningún caso quiero verme fuera de aquí -objetó el primero-. Yo quiero que­darme siempre aquí”. “Reflexiona. No tenemos otra salida -dijo su hermano-. Acaso haya otra vida después del nacimiento”. “¿Cómo puede ser esto? -repuso el primero con energía-. Sin el cor­dón de la vida no es posible vivir. Además, otros antes que nosotros han abandonado el seno mater­no y ninguno de ellos ha vuelto a decirnos que hay una vida tras el nacimiento. No, con el nacimien­to se acaba todo. Es el final”.

El otro guardaba las palabras de su hermano en su corazón y quedó hondamente preocupado. Pensaba: “Si la concepción acaba con el naci­miento; ¿qué sentido tiene esta vida aquí? No tiene ningún sentido. A lo mejor resulta que ni existe una madre como siempre hemos creído”. “Sí que debe existir -protestaba el primero-. De lo contrario, ya no nos queda nada”. “¿Has visto alguna vez a nuestra madre? -preguntó el otro-. A lo mejor sólo nos la hemos imaginado. Nos la hemos forjado para podernos explicar mejor nues­tra vida aquí’.

Así, entre dudas y preguntas, sumidos en pro­funda angustia transcurrieron los últimos días de los dos hermanos en el seno materno. Por fin llegó el momento del nacimiento. Cuando los gemelos dejaron su mundo, abrieron los ojos y lanzaron un grito. Lo que vieron superó sus más atrevidos sue­ños: descubrieron la vida verdadera y, lo más importante, vieron el rostro de la madre y sintie­ron sus caricias.

**(Popular alemán)**

EL ZAPATERO REMENDÓN

En una pequeña aldea situada en lo alto de las montañas vivía un zapatero remendón. Una vez la víspera de navidad, le aconteció algo muy extraño. ¿Fue un sueño o sucedió en realidad? Nadie lo sabrá jamás. Mientras el zapatero recitaba sus oracio­nes de la mañana, oyó que un extraño le hablaba:

<<Pedro, he venido a decirte que Dios está contento contigo. El Señor Jesús te visitará hoy en tu taller>>.

El zapatero estaba rebosante de alegría. Quitó el pol­vo, limpió y barrió su taller. Aunque disponía de poco dinero, preparó un estofado a fin de tener comida que ofrecer a su visitante. Luego se puso su mejor indu­mentaria y comenzó a trabajar, mientras su corazón latía aceleradamente.

Una mujer de muy mala reputación en el pueblo entró en el taller. Aunque Pedro la saludó afectuosa­mente, estaba ansioso por si el Señor Jesús llegaba mientras se encontraba ella allí. Ocultó su ansiedad, y charló amablemente con ella hasta que se fue.

A solas de nuevo y a la espera de su Señor, comenzó a imaginarse cómo sería verse con él cara a cara. << ¿Qué aspecto tendrá? ¿Rezumará la serenidad del Cristo de la imagen de mi iglesia? ¿Irradiará la majestad de Cristo rey, cuyo nombre lleva mi parroquia?>>. Sumido en sus pensamientos, no se percató de que una madre con su hija estaba a la entrada.

<<Buenos días, Pedro>>.

Él levantó los ojos. <<Me ha sobresaltado. Por un instante pensé que era otra persona. Entre, por favor. Estoy encantado de verla>>. Pedro se dio cuenta de lo pálida y delgada que estaba la niña. El alimento anda­ba escaso aquel año en el pueblo. <<Ven, niña>>, dijo. <<Siéntate ¿Quieres una manzana? Te vendrá mejor a ti que a mí>>.

La niña se volvió hacia su madre emocionada. <<Mira, una manzana>>, dijo, y en sus ojos brilló un destello de hambre. Cuando salieron del taller, la pequeña llevaba unos zapatosnuevos bajo el brazo romo regalo de na­vidad.

Volvieron a casa llenas de felicidad, mientras el za­patero permanecía sentado solo y pensativo esperando a su Señor. Murmuraba para sí mientras trabajaba: <<¿Será posible que el Señor venga hoy a mi casa?>>.

Durante todo el día una interminable procesión dc personas visitó el taller. Finalmente irrumpió en él un borracho gritando y riendo. <<Pedro, dame vodka. He bebido tanto vino que he perdido el gusto de él. Ahora quiero vodka>>.

<<Ven; siéntate, amigo>>, dijo Pedro. <<No tengo vod­ka; pero compartiré contigo lo que tengo. Tengo agua clara y una comida que he preparado hoy para un huésped especial. Siéntate conmigo y comeremos jun­tos>>.

Pedro y el borracho comieron juntos el estofado. Disfrutaron de su mutua compañía, cada uno a su manera. Cuando el borracho se fue, se sintió conforta­do y dispuesto a hacer frente a los problemas de la vida con más valor.

Pasó el tiempo. Al día sucedió la oscuridad, y al fin llegó la medianoche. Ya no llegaron más visitantes a la tienda del zapatero. Su animo se hundió. Se sentía defraudado y contrariado. Jesús no había acudido. Era hora de irse a dormir. Se arrodilló para rezar las ora­ciones de la noche.

<<Señor, ¿por qué no has venido hoy? ¡Te he estado esperando todo el día con tanta impaciencia!>>. Enton­ces escucho una voz que le susurraba: <<Pedro, he ido a tu casa, no una vez sola, sino muchas durante cl día>>.

Aquella noche Pedro se durmió con el corazón rebo­sante de alegría y de paz.

EL MUÑECO DE SAL

Érase una vez un muñeco de sal. Había andado mucho por cálidas tierras y áridos desiertos. Un día llegó a la orilla del mar Nunca había visto el mar; por eso no acertaba a comprenderlo.

- << ¿Quién eres? >>, preguntó el muñeco.

- << Yo soy el mar >>, respondió éste.

- << Pero... ¿qué es el mar>>, volvió a insistir el muñe­co de sal.

- << Yo >>, respondió el mar.

- << No lo entiendo >>, musitó tristemente el muñeco.

Luego añadió:

- << Me gustaría mucho comprenderte. ¿Qué he de hacer? >>.

- << Es muy sencillo: tócame >>, le contestó el mar.

Y tímidamente el muñeco de sal tocó el mar con la punta de los dedos de los pies. Comenzaba a com­prender el misterio del mar.

Pero de improviso se asustó al darse cuenta de que las puntas de sus pies habían desaparecido.

- << Mar, ¿qué me hiciste? >>, preguntó llorando el muñeco de sal.

* << Me has dado algo para poder comprenderme>>, contesto sencillamente el mar.

El muñeco de sal se quedó largo tiempo pensati­vo... Luego comenzó a deslizarse lenta y suavemente en el mar, como quien fuera a realizar el acto más importante de su vida de peregrino. A medida que entraba en el agua, se iba deshaciendo, diluyendo... poco a poco...

Al tiempo que seguía preguntándose:

- << ¿Qué es el mar; qué es el mar? >>...

Hasta que una ola lo absorvió por entero. En ese momento final, el muñeco de sal hizo suya la respues­ta del mar:

- << Soy yo. Yo soy el mar >>.

**(Anónimo)**

EL MENDIGO

Iba yo pidiendo de puerta en puerta, por el camino de la aldea, cuando tu carro de oro apareció a lo lejos, como un sueño. Y yo me preguntaba maravillado quién seria aquel rey de reyes.

Mis esperanzas volaron hacia el cielo, y pensé que mis días malos se habían acabado. Y me quedé aguar­dando limosnas espontáneas, tesoros derramados por el polvo.

La carroza se paró a mi lado, me miraste y bajaste corriendo. Sentí que la felicidad de la vida me había llegado al fin. Y de pronto, tú me tendiste la mano derecha diciéndome:

- << ¿Puedes darme alguna cosa? >>...

- << ¡Ah, qué ocurrencia de tu realeza, pedirle a un mendigo! >>. Yo estaba confuso y no sabía qué hacer... saqué despacio de mi mochila un granito de trigo y te lo di.

¡Qué sorpresa la mía cuando al vaciar por la tarde mi mochila en el suelo encontré un grano de oro...! Entonces, ¡qué amargamente lloré por no haber teni­do corazón para entregarte todo!

**(R. Tagore)**

EL ESPANTAPÁJAROS

En un lejano pueblo vivía un labrador muy avaro; y era tanta su avaricia que, cuando un pájaro comía un grano de trigo encontrado en el suelo, se ponía furio­so y pasaba los días vigilando que nadie tocara su huerto.

Un día tuvo una idea:

- << Ya sé, construiré un espantapájaros; de este modo alejaré a los animales de mi huerto>>.

Cogió tres cañas y con ellas hizo los brazos y las piernas, luego con paja dio forma al cuerno, una cala­baza le sirvió de cabeza, dos granos de maíz de ojos, por nariz puso una zanahoria y la boca fue una hilera de granos de trigo.

Una vez el espantapájaros estuvo terminado, le colocó unas ropas rotas y feas y de un golpe seco lo hincó en la tierra. Pero se percató de que le faltaba un corazón y cogió el mejor fruto del peral, lo metió entre la paja y se fue a su casa.

Allí quedó el espantapájaros moviéndose al ritmo del viento. Más tarde un gorrión voló despacio sobre el huerto buscando dónde poder encontrar trigo. El espantapájaros, al verle, quiso ahuyentarle dando gri­tos, pero el pájaro se posó en un árbol y dijo:

- << Déjame coger trigo para mis hijos >>.

- << No puedo -contestó el espantapájaros-; pero tanto le dolía ver al pobre gorrión pidiendo comida que le dijo:

- << Puedes coger mis dientes, que son granos de trigo >>.

El gorrión los cogió y de la alegría besó su frente de calabaza. El espantapájaros quedó sin boca, pero muy satisfecho por su acción.

Una mañana un conejo entró en el huerto. Cuando se dirigía hacia las zanahorias, el muñeco le vio y quiso asustarlo, pero el conejo le miró y dijo:

- << Quiero una zanahoria, tengo hambre >>. Tanto le dolía al espantapájaros ver un conejo ham­briento que le ofreció su nariz de zanahoria.

Una vez el conejo se hubo marchado, quiso cantar de alegría; pero no tenía boca, ni nariz para oler el perfume de las flores del campo; sin embargo estaba contento.

Un día apareció un gallo cantando junto a él.

- << Voy a decir a mi mujer, la gallina, que no ponga más huevos para el dueño de esta huerta, es un avaro que casi no nos da comida >>, dijo el gallo.

- << Esto no está bien, yo te daré comida, pero tú no digas nada a tu mujer. Coge mis ojos que son granos dc maíz >>.

- << Bien >>, contestó el gallo y se fue agradecido.

Poco más tarde, alguien se acercó a él y dijo:

- << Espantapájaros, el labrador me ha echado de su casa y tengo frío, ¿puedes ayudarme?>>

- <<¿Quién eres? >>», preguntó el espantapájaros que no podía verle, pues ya no tenía ojos.

- << Soy un vagabundo>>.

- << Coge mi vestido, es lo único que puedo ofrecer­te >>.

- << ¡Oh, gracias, espantapájaros! >>.

Más tarde notó que alguien lloraba junto a él. Era un niño que buscaba comida para su madre y el dueño de la huerta no quiso darle.

- << Pobre -dijo el espantapájaros-, te doy mi cabeza que es una hermosa calabaza... >>

Cuando el labrador fue al huerto y vio al espantapá­jaros en aquel estado, se enfadó mucho

le prendió fuego. Sus amigos, al ver cómo ardía, se acercaron y amenazaron al labrador, pero en aquel momento cayó al suelo algo que pertenecía a aquel monigote: su corazón de pera. Entonces el hombre riéndose, se lo comió diciendo:

- << ¿Decís que todo os lo ha dado? Pues esto me lo como yo >>.

Pero sólo al morderla notó un cambio en él y les dijo:

- << Desde ahora os acogeré siempre >>.

Mientras, el espantapájaros se había convertido en cenizas y el humo llegaba hasta el sol transformándo­se en el más brillante de sus rayos.

**(Popular)**

PENSAR Y OBRAR COMO HERMANOS

La historia cuenta que existían dos hermanos que se querían con toda su alma. Ambos eran agri­cultores. Uno, se casó y, el otro, permaneció soltero. Decidieron seguir repartiendo toda su cose­cha a medias. Una noche, el soltero, soñó:

- ¡No es justo! Mi hermano tiene mujer e hijos y recibe la misma proporción de cosecha que un servidor que está solo. Iré por las noches a su montón de trigo y le añadiré varios sacos sin que él se de cuenta.

A su vez, el hermano casado soñó también una noche:

- ¡No es justo! Yo tengo mujer e hijos y, mi futuro, estará con ellos asegurado. A mi hermano, que está solo, ¿quién le ayudará? Iré por las noches a su montón de trigo y le añadiré varios sacos sin que él se de cuenta.

Así lo hicieron ambos hermanos Y, ¡oh, sorpre­sa! ambos se encontraron en el camino, una misma noche, portando sacos uno para el otro. Se miraron; comprendieron lo que pasaba y se abra­zaron con un abrazo de hermanos aún más fuerte para siempre.

**(Popular)**

LA BUENA NOTICIA

Jesús enseñaba a sus discípulos en parábolas: Y les decía: El Reino de los cielos es semejante a dos hermanos que vivían felices y contentos; hasta que recibieron la llamada de Dios a hacerse discípulos.

El de más edad respondió con generosidad a la llamada, aunque tuvo que ver cómo se desgarraba su corazón al separarse de su familia y de la muchacha a la que amaba y con la que soñaba casarse. Pero, al fin, se marchó a un país lejano, donde gastó su propia vida al servicio de los más pobres de entre los pobres. Se desató en aquel país una persecución, de resultas de la cual fue detenido, falsamente acusado, torturado y condenado a muerte.

Y el Señor le dijo: «Muy bien, siervo fiel y cumplidor Me has servido por el valor de mil talentos. Voy a recompensarte con mil millones de talentos. ¡Entra en el gozo de tu Señor!».

La respuesta del más joven fue mucho menos generosa. Decidió ignorar la llamada, seguir su camino y casarse con la muchacha a la que amaba. Disfrutó de un feliz matrimonio, le fue bien en los negocios y llegó a ser rico y próspero. De vez en cuando daba una limosna a algún mendigo o se mostraba bondadoso con su mujer y sus hijos. También de vez en cuando enviaba una pequeña suma de dinero a su hermano mayor que se hallaba en un remoto país, adjuntándole una nota en la que decía: **«** Tal vez con esto puedas ayudar mejor a aquellos pobres diablos».

Cuando le llegó la hora, el Señor le dijo: «Muy bien, siervo fiel y cumplidor. Me has servido por valor de diez talentos. Voy a recompensarte con mil millones de talentos. ¡Entra en el gozo de tu Señor!».

El hermano mayor se sorprendió al oír que su hermano iba a recibir la misma recompensa que él. Pero le agradó sobremanera. Y dijo: «Señor, aún sabiendo esto, si tuviera que nacer de nuevo y volver a vivir haría por ti exactamente lo mismo que he hecho».

EL DIAMANTE

El sannyasi había llegado a las a de la aldea y acampó bajo un árbol para pasar la noche. De pronto llegó corriendo hasta él un habitante de la aldea y le dijo:

«¡La piedra! ¡La piedra! ¡Dame la piedra preciosa!».

«¿Qué piedra?», preguntó el sannyasi.

«La otra noche se me apareció en sueños el Señor Shiva», dijo el aldeano, «y me aseguró que si venía al anochecer a las afueras de la aldea, encontraría a un sannyasi que me daría una piedra preciosa que me haría rico para siempre».

El sannyasi rebuscó en su bolsa y extrajo una piedra. «Probablemente se refería a ésta», dijo, mientras entregaba la piedra al aldeano. «La encontré en un sendero del bosque hace unos días. Por supuesto que puedes quedarte con ella».

El hombre se quedó mirando la piedra con asombro. ¡Era un diamante! Tal vez el mayor diamante del mundo, pues era tan grande como la mano de un hombre.

Tomó el diamante y se marchó. Pasó la noche dando vueltas en la cama, totalmente incapaz de dormir. Al día siguiente, al amanecer fue a despertar al sannyasi y le dijo:

«Dame la riqueza que te permite desprenderte con tanta facilidad de este diamante».

LA BELLA Y LA BESTIA

Un comerciante tenía una hija, bella de rostro y de nombre, y emprendió un viaje para mejorar sus negocios, que no iban bien. Se perdió en el bosque y llegó a un palacio donde no había nadie, pero sí una mesa servida donde comió, una habitación preparada donde durmió y un jardín bien cuidado, de donde tomó una gran rosa para llevársela a su hija. No bien había arrancado la flor, cuando un ser monstruoso se presentó y le dijo con un rugido:

«Yo soy la Bestia, y todo esto me pertenece. No me importa que comieras en mi mesa y durmieras en mi habitación, pero no tolero que me robes una flor. Ahora morirás».

El comerciante pide poder despedirse de su hija; ésta, al saber el trance, se ofrece a entregarse a la Bestia en lugar de su padre, y así se hace.

La Bestia no hace daño ninguno a la Bella; al contrario, la trata con bondad y le da toda clase de facilidades para que viva a su gusto en palacio. Lo que es más, el monstruo le propone un día a la Bella que se case con él y lo ame como él ya la ama a ella. A ella le da gran repugnancia, pero reconoce que, a pesar de la apariencia, la Bestia tiene buen corazón y se ha portado con gran delicadeza, y al fin acepta la proposición y con gran cuidado le da un beso al monstruo. Al instante, la Bestia se transforma en un apuesto príncipe que declara haber estado bajo una maldición hasta que lo liberase el beso de una doncella. Se sigue la boda y la felicidad de todos.

EL PÁJARO Y EL POZO

Había una vez un pájaro de brillante plu­maje y fuertes alas, que se pasaba los días vo­lando sobre las copas de los árboles encantándole su libertad.

Un día se cayó a un pozo fuera de uso. El pozo era tenebroso y profundo; pero estaba seco*,* y el pájaro quedó ileso. Fue bajando y bajando hasta tocar el fondo, donde permanecía sin hacer nada para intentar es­capar, limitándose a compadecerse.

<<Ciertamente voy a morir aquí abajo>>, gemía. << ¡Qué pájaro tan pobre e infeliz soy! ¿Qué es lo que he hecho para merecer tal suerte?>>.

Cuanto más consideraba su apurada situación, más se convencía de que otro tenía la culpa de que él se encontrara en el fondo del pozo.

<<Yo no tengo la culpa. La culpa es primeramente del estúpido que cavó el pozo>>, dijo. <<Alguien debería ha­ber tapado la boca, y entonces no habría caído dentro. ¿Por qué no me avisó nadie del peligro de volar dema­siado bajo por encima de los pozos abiertos? Yo no tengo la culpa de todo eso>>.

Comenzó a gritar pidiendo ayuda a los transeúntes. << ¡Ayuda..., ayuda.., ayuuudaaa! Por favor, ayudadme. Ayudadme a salir de aquí>>.

La gente miraba dentro del pozo. <<Tienes alas; pue­des volar>>, dijeron. << ¿Por qué no intentas ayudarte tú mismo?>>.

<<Si intento volar aquí abajo me lesionaré>>, gemía el pájaro. <<Podría rozarme las alas contra las paredes del pozo. Yo no tengo la culpa de encontrarme metido aquí abajo. Tenéis que hacer algo para sacarme>>.

La gente le gritaba: <<Hay mucho espacio para volar si tienes cuidado. Tus alas son magnificas. No estás herido. Puedes escapar si realmente quieres>>.

El pájaro rehusaba intentarlo. Se acurrucaba en el fondo quejándose y lamentándose con cuantos le escu­chaban.

<<Nadie se preocupa por mí, ese es el problema. La gente no tiene corazón y es cruel; no les interesa ayu­dar a una pobre criatura como yo>>.

Las quejas del pájaro le granjearon tanta simpatía que, sin apenas darse cuenta de lo que ocurría, co­menzó a alegrarse de vivir en el pozo. Cada vez pensa­ba menos en escapar, hasta que por fin ni se le ocurrió intentarlo. Sus alas se ajaron, de modo que, aunque hubiera deseado volar a la libertad, no lo habría conseguido. Ahora, ni él ni nadie podía ayudarle.

De esta manera, compadecido por todos y compade­ciéndose a si mismo, el pájaro vivió el resto de su vida atrapado e infeliz en el fondo del pozo.

PARÁBOLA DEL HOMBRE DE LAS MANOS ATADAS

Érase un hombre como todos los demás... ¡Un hombre normal! Tenía cualidades positivas y negati­vas. No era en nada diferente a cualquier otro. Una noche, mientras dormía, repentinamente llamaron a su puerta. Cuando abrió unos hombres se echaron encima y le ataron las manos, tan sólo las manos...

Después le dijeron que así era mejor; que con sus manos atadas no podría hacer en el futuro nada malo (se olvidaron de decirle que tampoco podría hacer nada bueno).

Se fueron dejando un guardián a la puerta para que nadie, ni él mismo, pudiera desatarle las manos.

Al principio, aquel hombre se desesperó y trató de romper sus ligaduras cuando el guardián no le miraba. Ante la inutilidad de sus esfuerzos, intentó poco a poco acomodarse a su situación.

Un día hasta consiguió atarse sus zapatos. Otro día logró encender su cigarrillo, y así comenzó a olvidarse que antes había tenido las manos libres. Mientras esto sucedía, el guardián le comunicaba día a día las cosas negativas que hacían en el exterior las gentes con las manos libres (se olvidaba de contarle las cosas buenas).

Pasaron años, muchos años. Aquel hombre llegó finalmente a acostumbrarse a vivir con sus manos ata­das, e incluso llego a autoconvencerse de que era mejor vivir así.

Un día, sus amigos de antes sorprendieron por la espalda al guardián y le quitaron las llaves para desa­tar las manos de su amigo.

— << Ya eres libre >>, le dijeron.

Pero, oh terrible fortuna, llegaron demasiado tarde porque las manos de aquel hombre habían quedado ya atrofiadas para todo el resto de sus días.

**(Anónimo)**

¿QUÉ GUÍA SEGUIR?

Un hombre tenía que hacer un viaje a pie a través de una formidable cadena de montañas. No conocía el camino y sentía miedo.

Se las ingenió para obtener un mapa detallado de la región, que indicaba claramente todas las rutas, sende­ros y caminos. Se decía: <<Este mapa me será útil; pero si pudiera viajar con un guía local, con alguien que conozca el camino de memoria, me sentiría mucho más segur>>.

Como la suerte le acompañaba, el viajero encontró un habitante del lugar que llevaba el mismo destino y estaba familiarizado con la ruta. Los hombres se pusieron en camino juntos, caminando uno al lado del otro. Nuestro viajero llevaba el mapa y lo consultaba a cada giro y vuelta que daban, sintiéndose satisfecho al descubrir que su compañero seguía exactamente la ruta indicada en el mapa.

De pronto, con gran sobresalto del viajero, su guía tomo un sendero que no estaba indicado.

<<Amigo, ¿a dónde nos lleva este camino?>>, pregun­tó. << Este camino no está indicado en el mapa, y me da miedo seguirle. ¿Acaso quiere que nos perdamos y pe­rezcamos en las montañas?>>.

Su compañero le explicó: << Lo que usted no sabe es que el sendero del mapa ha quedado recientemente destruido por un corrimiento de tierras y no está praticable. No se preocupe. Confié en mí más que en el mapa. Yo le indicaré otro camino si quiere seguirme>>.

El viajero se negó. << No; no le seguiré. ¿Cómo puede pedirme que le siga por una ruta que no está indicada? Me siento mucho más seguro ateniéndome a los sen­deros que mi mapa me dice que use>>.

<< Confíe en mí, amigo>>, insistía el guía. << Conozco estas montañas de toda la vida. He nacido aquí y aquí me he criado. Sé a dónde voy. Estará a salvo si me sigile>>.

Pero el viajero no se convenció. << Lo siento; pero si insiste en tornar un camino diferente, yo seguiré el mío. Prefiero confiar en el mapa a aceptar su palabra>>.

El viajero y su acompañante se separaron. El viajero caminaba llevando el mapa en la mano, mientras que el otro se guiaba por la experiencia. El habitante del lugar llegó a su destino. En cuanto al viajero, nadie sabe lo que le acaeció.

EL ÁGUILA REAL

Un hombre se encontró un huevo de águila. Se lo llevó y lo colocó en el nido de una gallina de corral. El aguilucho fue incubado y creció con la nidada de pollos.

Durante toda su vida, el águila hizo lo mismo que hacían los pollos, pensando que era un pollo. Escarbaba la tierra en busca de gusanos e insectos, piando y cacareando. Incluso sacudía las alas y volaba unos metros por el aire, al igual que los pollos. Después de todo, ¿no es así como vuelan los pollos?

Pasaron los años y el águila se hizo vieja. Un día divisó muy por encima de ella, en el límpido cielo, una magnífica ave que flotaba elegante y majestuosamente por entre las corrientes de aire, moviendo apenas sus poderosas alas doradas.

La vieja águila miraba asombrada hacia arriba «¿Qué es eso?», preguntó a una gallina que estaba junto a ella.

«Es el águila, el rey de las aves», respondió la gallina. «Pero no pienses en ello. Tú y yo somos diferentes de ella».

De manera que el águila no volvió a pensar en ello. Y murió creyendo que era una gallina de corral.

BODA EN PALACIO

El rey dijo a su hija la princesa:

«He concertado tu matrimonio. Tu esposo será un joven príncipe valeroso y apuesto que sin duda te hará feliz y honrará nuestro reino. La boda tendrá lugar dentro de quince días. Durante estos días puedes distraerte y divertirte como la niña inocente que siempre has sido, y despedirte ya de esa etapa de tu vida para entrar en otra que espero no sea menos feliz».

La princesa se alegró con la noticia, se la comunicó a sus compañeras y se dispuso a pasar quince días de alegría y libertad antes de afrontar la nueva responsabilidad.

En los juegos y encuentros felices de aquellos días conoció la princesa a un joven y alegre muchacho, y quiso el destino que se enamorara de él, y él de ella. Bastaron aquellos días de inconsciencia juvenil para unirlos en amor profundo antes de que cayeran en la cuenta de lo imposible de su situación. Llegó la víspera de la boda, y la princesa descubrió su desesperación a su amante:

«Soy la hija del rey y estoy prometida por él a otro príncipe con el que he de casarme mañana. Debería habéroslo dicho antes, pero mi amor fue más rápido que mis palabras, y ya es demasiado tarde. Sé lo que sufrís vos, y vos sabéis lo que yo sufriré, pues tan grande es mi amor a vos como el vuestro a mí; pero sabed que siempre seré vuestra en mi corazón hasta el fin de mis días y por toda la eternidad. Y si el Dios de los amantes me oye, él encontrará alguna manera de devolverme a vos, y yo os esperaré siempre».

El joven contestó: «Vuestro dolor alivia el mío, pues yo también he de casarme con quien mi padre ha dispuesto, pero también seré vuestro mientras viva, y vuestro moriré».

Al día siguiente se celebró la boda con todo esplendor. La novia pidió que se le permitiera mantener el velo caído hasta el último momento, gesto que los asistentes interpretaron como modestia, pero al que ella recurría para ocultar las lágrimas. Por fin llegó el momento de verse frente a frente con quien ya era su marido. Ella se levantó el velo aguantando las lágrimas, y él se levantó la visera del casco.

Las lágrimas se le secaron en su frente a la princesa, porque el príncipe con quien se había casado no era otro que el joven de quien se había enamorado aquellos días. Él era el príncipe destinado a casarse con ella, aunque ninguno de los dos lo sabía.

Sus respectivos padres habían dispuesto la boda sin informar a los interesados

sobre su respectiva pareja. Ellos se habían encontrado por casualidad, se habían enamorado por necesidad, y en la boda se encontraron con el feliz desenlace de que para ambos su pareja resultó ser su amor. La boda no pudo ser más feliz, y ambos padres, al ver la felicidad de los novios, se felicitaron mutuamente por la sabia elección que habían hecho.

CONTRA LA POBREZA

<< ¿Quién de vosotros asumirá la responsabilidad de alimentar a los hambrientos >>, preguntó Buda a sus dis­cípulos cuando el hambre asolaba Shrvasti.

Ratnakar, el banquero, movió la cabeza diciendo:

- << Todas mis riquezas no bastarían para dar de comer a los hambrientos >>.

Jayasen, el general del Ejército real, respondió:

- << Estaría dispuesto a dar mi propia sangre, pero no tengo comida suficiente en mi casa>>.

Dharmapal, que poseía muchas hectáreas de tierra, dijo con un suspiro:

- << El demonio de la sequía ha absorvido la humedad de mis campos. No sé cómo pagar los impuestos >>.

Se levantó entonces Snpriya, la hija del mendigo. Hizo una reverencia a todos y dijo humildemente:

- << Seré yo quien dé de comer a los hambrientos>>.

- << ¿Cómo? >>, gritaron todos sorprendidos. << ¿Qué esperanzas puedes tener tú de cumplir esa promesa?... >>

- << Soy la más pobre de todos vosotros. Esa es preci­samente mi fuerza. Tengo mi arcón y mí despensa en cada una de vuestras casas >>.

**(R. Tagore)**

LA TORTUGA DISECADA

El emperador de China oyó hablar de la sabiduría de un eremita que vivía en las montañas del Norte y envió a él mensajeros para ofrecerle el cargo de Primer Ministro del reino.

Al cabo de muchos días de viaje, llegaron allá los mensajeros y encontraron al eremita medio desnudo, sentado sobre una roca y enfrascado en la pesca. Al principio dudaron de que pudiera ser aquél el hombre a quien en tan alto concepto tenía el emperador, pero, tras inquirir en la aldea cercana, se convencieron de que realmente se trataba de él. De modo que se presentaron en la ribera del río y le llamaron con sumo respeto.

El eremita caminó por el agua hasta la orilla, recibió los ricos presentes de los mensajeros y escuchó su extraña petición. Cuando, al fin, comprendió que el emperador le requería a él, al eremita, para ser Primer Ministro del reino, echó la cabeza atrás y estalló en carcajadas. Y una vez que consiguió refrenar sus risas, dijo a los desconcertados mensajeros: «¿Veis aquella tortuga, cómo mueve su cola en el estiércol?».

«Sí, venerable señor», respondieron los mensajeros. «Pues bien, decidme: ¿es cierto que cada día se reúne la corte del emperador en la capilla real para rendir homenaje a una tortuga disecada que se halla encerrada encima del altar mayor; una tortuga divina cuyo caparazón está incrustado de diamantes, rubíes y otras piedras preciosas?».

«Sí, es cierto, honorable señor», dijeron los mensajeros. «Pues bien, ¿pensáis que aquel pobre bicho que mueve su cola en el estiércol podría reemplazar a la divina tortuga?».

«No, venerable señor», respondieron los mensajeros.

*«Entonces id a decir al emperador que tampoco yo puedo. Prefiero mil veces estar vivo entre estas montañas que muerto en su palacio. Porque nadie puede vivir en un palacio y estar vivo».*

EL PESCADOR SATISFECHO

El rico industrial del Norte se horrorizó cuando vio a un pescador del Sur tranquilamente recostado contra su barca y fumando una pipa.

«¿Por qué no has salido a pescar?», le preguntó el industrial.

«Porque ya he pescado bastante por hoy», respondió el pescador.

«¿Y por qué no pescas más de lo que necesitas?», insistió el industrial.

«¿Y qué iba a hacer con ello?», preguntó o su vez el pescador.

«Ganarías más dinero», fue la respuesta. «De ese modo podrías poner un motor a tu barca. Entonces podrías ir a aguas más profundas y pescar más peces. Entonces ganarías lo suficiente para comprarte unas redes de nylon, con las que obtendrías más peces y más dinero. Pronto ganarías para tener dos barcas... y hasta una verdadera flota. Entonces serías rico, como yo».

**«**¿Y qué haría entonces?», preguntó de nuevo el pescador.

«Podrías sentarte y disfrutar de la vida», respondió el industrial.

**«**¿Y qué crees que estoy haciendo en este preciso momento?», respondió el satisfecho pescador.

LA SENDA ESTRECHA

En cierta ocasión previno Dios al pueblo de un terremoto que habría de tragarse las aguas de toda la tierra. Y las aguas que reemplazarían a las desaparecidas habrían de enloquecer a todo el mundo.

Tan sólo el profeta se tomó en serio a Dios. Transportó hasta la cueva de su montaña enormes recipientes de agua, de modo que no hubiera ya de faltarle el líquido elemento en los días de su vida.

Y efectivamente, se produjo el terremoto, desaparecieron las aguas y una nueva agua llenó los arroyos y los lagos y los ríos y los estanques. Algunos meses más tarde bajó el profeta de su montaña a ver lo que había ocurrido. **Y** era verdad: todo el mundo se había vuelto loco y le atacaba a él y no quería tener nada que ver con él. Y hasta se convenció todo el mundo de que era él el que estaba loco.

Así pues, el profeta regresó a su cueva de la montaña, contento por haber tenido la precaución de guardar agua. Pero, a medida que transcurría el tiempo, la soledad se le hacía insoportable. Anhelaba tener compañía humana. De modo que descendió de nuevo a la llanura. Pero nuevamente fue rechazado por la gente, tan diferente de él.

Entonces el profeta tomó su decisión: Tiró el agua que había guardado, bebió del agua nueva y se unió a sus semejantes en su locura*.*.

LOS CINCO MONJES

El Lama del Sur dirigió una urgente llamada al gran Lama del Norte pidiéndole que le enviara a un monje sabio y santo que iniciara a los novicios en la vida espiritual. Para general sorpresa, el Gran Lama envió a cinco monjes, en lugar de uno solo. Y a quienes le preguntaban el motivo, les respondía enigmáticamente:

«Tendremos suerte si al menos uno de los cinco consigue llegar al Lama».

El grupo llevaba algunos días en camino cuando llegó corriendo hasta ellos un mensajero que les dijo: «El sacerdote de nuestra aldea ha muerto. Necesitamos que alguien ocupe su lugar». La aldea parecía un lugar confortable y el sueldo del sacerdote era bastante atractivo. A uno de los monjes le entró un súbito interés pastoral por aquella gente y dijo:

«No sería yo un verdadero budista si no me quedara a servir a esta gente». De modo que se quedó.

Unos días más tarde sucedió que se encontraban en el palacio de un rey que se encaprichó de uno de los monjes. «Quédate con nosotros», le dijo el rey, «y te casarás con mi hija. Y cuando yo muera, me sucederás en el trono». El monje se sintió atraído por la princesa y por el brillo de la realeza, de manera que dijo: «¿ Qué mejor modo de influir en los súbditos de este reino para inclinarlos al bien que siendo rey de todos ellos? No sería un buen budista si no aceptara esta oportunidad de servir a la causa de nuestra santa religión». De modo que también éste se quedó.

El resto del grupo siguió su camino y una noche, hallándose en una región montañosa, llegaron a una solitaria cabaña habitada por una bella muchacha que les ofreció cobijo y le dio gracias a Dios por haberle enviado a aquellos monjes. Sus padres habían sido asesinados por los bandidos y la muchacha se encontraba sola y llena de ansiedad. A la mañana siguiente, cuando llegó la hora de partir uno de los monjes dijo: «Yo me quedaré con esta muchacha. No sería un auténtico budista si no practicara la compasión». Fue el tercero en abandonar.

Los dos restantes llegaron, por último, a una aldea budista, donde, para su espanto, descubrieron que todos los habitantes de la aldea habían abandonado su religión y habían sido convencidos por un gurú hindú. Uno de los dos monjes dijo: «Es mi deber hacia esta pobre gente y hacia el Señor Buda quedarme aquí y reconducirlos a la verdadera religión». Fue el último en abandonar.

Por fin, el quinto monje llegó ante el Lama del Sur. El Gran Lama del Norte había tenido razón, después de todo.

EL BOSQUE, EL FUEGO Y LA ORACIÓN DEL RABINO

Cuenta una vieja historia judía que, cuan­do alguna calamidad amenazaba a su pueblo, el rabino Israel Bell Shem-Tov solía ir a cierto lu­gar santo del bosque, encendía un fuego sagrado y recitaba una oración especial. De este modo la calamidad se alejaba.

Pasaron los años, y en tiempo de Nagid de Mezritch volvió la amenaza de un desastre. Se dirigió al bosque y dijo: <<Oh Dios, Señor del universo, no sé encender el fuego sagrado, pero recuerdo el lugar santo del bosque y también sé la oración especial>>. Recitó aquella ora­ción en el lugar sagrado y se volvió a casa, compro­bando que la desgracia se había alejado.

Muchos años más tarde, cuando el rabino Moshed­-Leib de Sasov advirtió que las dificultades amenazaban a su pueblo, se dirigió al lugar santo del bosque y dijo: <<Oh Dios, Señor del universo, aún conozco el lugar santo del bosque; pero no sé encender el fuego sagrado y he olvidado la oración especial. Pero, oh Señor, ten compasión de nosotros y salva a tu pueblo>>. Una vez más, la tragedia se alejó.

Finalmente, en tiempos del rabino Israel de Rizhyn, volvió la amenaza del desastre. Sentado en su hogar, el rabino oró a Dios desde el fondo de su corazón: <<Lo siento, Señor no conozco el lugar santo del bosque, tampoco sé encender el fuego sagrado y, lo que es peor, hasta he olvidado la oración especial. Sin embargo, oh Dios, ten piedad de nosotros y líbranos del peligro>>.

Dios le escuchó y la calamidad se alejó de nuevo.

**(Una historia hasídica)**

ESCRIBIR UN LIBRO SOBRE LA ORACIÓN

- << ¿Que es escribir un 1ibro sobre la oración? >>, pre­guntó el caracol al árbol. Y el árbol, muy juiciosamen­te, respondió:

- << Es ponerte a dormir a mi sombra y esperar que me caigan las hojas >>.

Y el caracol, tras pensar un buen rato, respondió haciendo un mohín de disgusto:

- << ¿Y qué pasa si no te cae ninguna hoja? >>...

El árbol guardó silencio. Era preciso reconocer que el razonamiento del caracol había llegado a un punto de extrema dificultad. Ante el silencio del árbol, el caracol siguió comentando en alta voz:

- << ¿No será que eso de escribir un libro sobre la oración no es necesario?... ¿No será todo oración? >>...

Y el árbol, un poco molesto por su atrevimiento, le respondió:

- <<¿Acaso sabe el gato hacer cucharas? >>...

**(Sobre una idea de Pilar Rahola)**

PARA TRANSFORMAR LA VIDA

Se llamaba Ana. Al decir de sus mayores, padres y maestros, lo tenía todo. Todo lo bueno: inteligente, rica, bella, hija única y con un futuro prometedor. Pronto, en una convivencia, los compañeros de su edad detectaron un pequeño defecto: no sabía convi­vir porque se creía superior, única, diferente. Aquella tarde, cansada de reuniones, pegó un portazo y se marchó a caminar en solitario por el páramo.

Llovía. Previsora como era, portaba un chubasque­ro. Se lo colocó, capucha incluida. La lluvia azotaba su cara. Comenzó a caminar de espaldas. Sólo enton­ces, sintió una corazonada:

- Ana, ¿no será así tu vida?... Siempre caminando de espaldas a todos. A ti misma que no te conoces. A los demás, con quienes no quieres compartir nada. A Dios, que no es nadie en tu vida. ¿Crees que llegarás así muy lejos?

La inteligente Ana se quitó el chubasquero, se dejó empapar por la lluvia y en su soledad, comenzó a sal­tar y a gritar:

- Sí, quiero cambiar. Quiero ser diferente. Señor, si existes, ayúdame.

Cuando regresó al lugar de reunión de sus compa­ñeros estos intuyeron que algo grande había pasado. Ana sonreía y pedía ayuda.

Después de contar la experiencia de su paseo entendieron lo que es orar: partir de la vida, para vol­ver a la vida, transformados por el Espíritu.

**(R. Berzosa)**

¿SUEÑO O REALIDAD?

Hace innumerables años, entre la multi­tud de galaxias y estrellas del universo, había un pequeño planeta. En él habitaban dos razas inteligentes y apacibles, llamadas los <<diurnos>> y los <<nocturnos>>. Sus diferencias se completaban mutuamente, y vivían en armonía y paz.

Los diurnos permanecían conscientes y activos sólo durante las horas del día. Apenas el sol se hundía tras el horizonte, entraban en un sueño profundo y sin sueños, del que nada podía sacarlos hasta el amanecer.

Tan pronto corno la primera claridad de la mañana rozaba sus párpados, los diurnos se despertaban y re­anudaban sus actividades sin tener idea de las largas horas pasadas en la oscuridad. Vivían en la ilusión de que la vida constaba sólo de ininterrumpida claridad.

Por el contrario, los nocturnos se volvían activos sólo cuando el sol desaparecía y las tinieblas cubrían el planeta. En el momento en que iba a salir el sol se quedaban dormidos, y así permanecían olvidados de todo, hasta que la última claridad del día se disipaba. Creían que la oscuridad de la noche era la única realidad. No tenían idea de las horas de claridad que transcurrían mientras ellos permanecían dormidos.

Los diurnos y los nocturnos eran creadores e inteli­gentes. En el trascurso de los años exploraron el mundo en el que vivían y aprendieron a estimar sus múltiples maravillas.

A los nocturnos les entusiasmaba la majestad del cielo. Llegaron a ser grandes astrónomos y escribieron eruditos tratados sobre las leyes y movimientos del firmamento nocturno. Les encantaba la pálida belleza de un paisaje lunar, el claroscuro de la luz y la sombra de las cumbres de las montanas. Escribieron sublimes poesías cantando el rielar de las estrellas en el agua y los secretos misterios de la selva.

Los diurnos celebraban la claridad y el calor de su mundo. Compusieron doctos volúmenes sobre el calor y la luz. En poemas y cuadros pintaron los delicados matices de las alas de las mariposas, el hermoso colorido de las flores silvestres, los múltiples tonos verdes del dosel de la selva. Cantaron los ciclos azules y los jardines inundados de sol.

Pero, al fin, llegó un momento en que los diurnos descubrieron las obras científicas y literarias de los nocturnos. Según las leían, su curiosidad se trocaba gradualmente en asombro y confusión.

<<¿Qué es todo esto?>>, se preguntaron. << ¡Constelaciones! ¡Estrellas! ¡Luna llena! ¡Corrientes plateadas!>>.

Investigaron e investigaron, pero no lograron descubrir el paradero de las estrellas y las galaxias. No consiguieron descubrir montañas bañadas por la clari­dad dc la luna o lagos serenos bajo la oscuridad del firmamento.

Al final, decepcionados y pensativos, se dijeron: << Esta gente son mercaderes de sueños y cuentistas. Ignoran la realidad. No pueden decirnos nada de nuestro mun­do>>.

También los nocturnos descubrieron las obras de los diurnos. En vano intentaron descubrir firmamentos azules y la claridad del sol. Buscaron setos salpicados de flores de brillantes colores y escudriñaron las copas de los árboles intentando sorprender el tornasolado des­tello de las alas de un martín pescador. << Estas obras no tienen sentido>>, se dijeron cuando todos sus esfuerzos hubieron fracasado. <<Los que han escrito estos libros o son mentirosos o locos. Los ignorantes no tienen idea del mundo real>>.

Los diurnos y los nocturnos dejaron de explorar los misterios de la naturaleza. No escribieron ya poesías ni estudiaron su entorno. En lugar de ello se pasaban el tiempo redactando largas críticas sobre las obras de los otros, impugnando y refutando sus percepciones y valoraciones.

Se volvieron suspicaces unos de otros y sus críticas se hicieron cada vez más hostiles y abusivas. Surgie­ron enemistades entre ellos, hasta que al final se dije­ron: << Esta gente es peligrosa. Socavan nuestras firmes creencias y tradiciones. Si les dejamos, subvertirán nues­tro sistema de valores y destruirán nuestra cultura. Son una amenaza para la sociedad civilizada>>.

Estalló la guerra entre los diurnos y los nocturnos. Fue una guerra extraña, silenciosa y a sangre fría, más destructora que las guerras libradas con bombas, fusiles y espadas. Por la noche, los nocturnos asesinaban a los dormidos diurnos, y durante el día los diurnos mataban a los indefensos nocturnos.

Así fue como la vida quedó destruida en su mundo. El planeta siguió girando, silencioso y desierto, entre las esferas, sin nadie que cantara las deslumbrantes maravillas del día y los misterios nocturnos de la cla­ridad lunar.

SE BUSCAN PROFESORES

Los animales que vivían en el bosque decidie­ron que había llegado la hora de abrir una es­cuela para sus pequeños. Los que tenían a su cargo la proyectada escuela pusieron un anuncio en los periódicos locales que decía: << Se necesitan profeso­res para escuela nueva. Entrevistas el domingo por la mañana. Sólo se admiten solicitudes de quienes tengan títulos adecuados>>.

El domingo por la mañana los presuntos profesores esperaban fuera de la sala de entrevistas. El primero en aparecer ante el comité seleccionador fue un gorrión. Tímidamente dijo:

<< Deseo solicitar el puesto de profesor de canto>>.

La comisión comenzó a preguntar al pequeño go­rrión.

<< ¿Sabe cantar?>>, le preguntaron. << ¿Es un cantor con experiencia? >>.

<<Desde luego; canto muy bien. Llevo cantando des­de el día que nací >>, contestó el gorrión. Dicho esto, comenzó a cantar una armoniosa y delicada melodía. De repente, la comisión le interrumpió.

<< No nos interesa lo bien que sepa cantar. Lo que queremos saber es dónde ha aprendido y los títulos y diplomas que posee. No podemos tomar en cuenta su petición a menos que posea títulos adecuados>>.

El gorrión se quedó desconcertado. << Yo sé cantar, como han oído; pero no poseo diplomas ni títulos>>, dijo.

<< En tal caso, no podemos admitirle>>, dijo brusca­mente la comisión. << No nos interesan profesores sin título>>.

El siguiente candidato entrevistado fue un delfín.

<< Deseo ser empleado como preceptor de natación en su nueva escuela>>, dijo.

<< ¿Dónde ha aprendido a nadar?>>, preguntó la comi­sión. << Es de suponer que tendrá un título o certificado de alguna institución de natación>>.

El delfín movió la cabeza apesadumbrado.

<< Lo siento>>, dijo. << Soy un excelente nadador y un profesor amable y benévolo, pero no poseo títulos>>.

La comisión le despidió sin escucharle más.

<<No tenemos en cuenta las solicitudes de quienes no poseen títulos>>, dijeron.

Uno tras otro, fueron entrevistados el resto de los solicitantes. Las abejas dijeron:

<< Deseamos solicitar el puesto para la sección de tra­bajos manuales de su escuela. Nuestras colmenas son una maravilla de formas intrincadas y un primor. So­mos pacientes y laboriosas. Seríamos buenas profeso­ras de manualidades>>. Pero al enterarse de que no po­seían títulos, la comisión las rechazó.

Un ciervo solicitó dar clases de carreras, y un mono pidió el puesto dc preceptor de gimnasia. Una araña quería enseñar a los pequeños a hilar. Todos ellos fue­ron rechazados por carecer de los necesarios requisitos.

Al final la comisión decidió que no era posible abrir una nueva escuela por falta dc personal bien instruido y titulado.

LA PARÁBOLA DEL MARTILLO

Un hombre quiere colgar un cuadro. El clavo ya lo tiene, pero le falta el martillo. El vecino tiene uno. Así pues, nuestro hombre decide pedir al vecino que le preste el martillo. Pero le asalta una duda:

- << ¿Y si no quiere prestármelo? ahora recuerdo que ayer me saludó algo distraído. Tal vez tenía prisa... Pero quizá la prisa sólo era un pretexto, y mi vecino abriga algo contra mi persona... ¿Qué podrá ser?... Yo no le he hecho nada... será algo que se habrá metido en su cabeza. Sin duda, si alguien me pidiera una herramienta yo se la dejaría enseguida. ¿Por qué no habría de hacerlo él también?... ¿Cómo puede negarse uno a hacer un favor tan sencillo a otro?... Tipos como éste le amargan la vida a uno... y luego puede pensar que debo devolverle el favor... sólo porque tiene un martillo. ¡Esto ya es el colmo! >>.

Después de este monólogo, nuestro hombre sale pre­cipitado a la casa de su vecino. Toca el timbre. Se abre la puerta... Y antes de que el vecino tenga tiempo u oca­sión de decir algo, nuestro protagonista le grita furioso:

- << ¡Quédese usted con su martillo! >>.

**(Recogido por K. Waezlawick)**

CUANDO LAS GAFAS, Y NO LOS OJOS, SON LOS QUE VEN EL MUNDO

Érase una vez una ciudad donde todo el mundo lle­vaba gafas. Los hombres y mujeres de aquella ciudad usaban unas gafas totalmente extraordinarias. Unas descomponían la luz, captando sólo unos rayos deter­minados. Otras descomponían los objetos y sólo veían algunos aspectos de los mismos. Otras gafas conse­guían hacer ver como feo aquello que hasta entonces se había considerado como hermoso, y hermoso lo que se había visto hasta entonces como feo... Existían muchas clases de gafas: todas creaban de nuevo el mundo, desde una infinidad de puntos de vista distin­tos.

La historia venía de tiempo atrás. Un genio malin­tencionado había inventado estos diferentes tipos de gafas. Al principio nadie compraba aquellas extrañas gafas. Luego, algunos empezaron a probarlas y lo habían encontrado muy divertido. Las gafas se pusie­ron de moda. Todo el mundo empezó a comprarlas ansiosamente para poder tener su propia visión de las personas, de las cosas, del mundo, y así poder reírse mucho.

Sólo se quitaban las gafas para secarse las lágrimas que de tanto reír les salían. Y sólo en esos momentos tenían oportunidad de ver la realidad tal y como era...

Poco a poco, fueron riendo cada vez menos, hasta acostumbrarse a ver las cosas que les mostraban sus gafas. Y terminaron por no reír más... Un día hubo una lucha entre quienes venían a los otros como menos inteligentes y quienes les veían como anima­les. Uno de los que veían a los demás como poco inte­ligentes recibió un golpe en sus gafas. Se cayeron al suelo y se rompieron. Al verse con las gafas destroza­das se enfureció mucho. Pero de repente, se dio cuen­ta de que toda la gente a su alrededor llevaba gafas. Le entró la risa y rompió a reír a carcajadas... Cuando observó las caras de extrañeza de los demás, paró de reír. Colocó sobre su nariz la montura de sus gafas rotas para no llamar la atención... Y transcurrieron así el resto de sus días.., sólo de vez en cuando, con gran disimulo, rompía los cristales de las gafas a alguno, para mostrarle su gran secreto: ¡se puede vivir sin gafas!

**(Sobre una idea de J. Brunet - J. L. Negro)**

OJOS DE PROVIDENCIA

Un día Akbar y Bírbal fueron a la selva a cazar. Al disparar la escopeta, Akbar se hirió en el dedo pulgar y gritó de dolor. Bírbal le vendó el dedo y le soltó el consuelo de sus reflexiones filosóficas: “Majestad, nunca sabemos qué es bueno o malo para nosotros. Debemos contemplar todo con ojos de Providencia”.

Al emperador no le sentó bien el consejo, se enfadó y arrojó a su ministro al fondo de un pozo abandonado. El Emperador después continuó caminando por el bosque. Un grupo de salvajes le salió al encuentro en plena selva. Lo rodearon, lo hicieron cautivo y lo llevaron a su jefe. La tribu se preparaba a ofrecer un sacrificio humano y el emperador Akbar era la víctima elegida. El hechi­cero de la tribu lo examinó y, al ver que tenía el dedo pulgar roto, lo rechazó, ya que la víctima no podía tener defecto físico alguno.

Akbar cayó entonces en la cuenta de lo que le había dicho su ministro Bírbal y comprendió que tenía razón en su reflexión. Le entró remordi­miento, volvió al pozo, y sacó a Bírbal a quien pidió perdón.

Bílbal contesto: “Majestad no tiene por que pedirme perdón, ya que no me ha causado ningún daño. Al contrario, me ha hecho un gran favor, me ha salvado la vida. Si no me hubiera arrojado a este pozo, hubiera continuado yo a su lado y esos salvajes me hubieran cogido a mí para su sacrifi­cio y habrían acabado conmigo. “Como ve, su Majestad, nunca podemos estar seguros si algo es bueno o malo para nosotros. Dejemos que actúe la providencia”.

**(Cuento Indú)**

LA GOLONDRINA Y LAS RANAS

Oculto en el bosque entre la enmarañada maleza había un pozo abandonado. El sol nunca conseguía penetrar por los árboles que le rodea­ban, por lo que el pozo estaba oscuro y húmedo y sólo lo habitaban las ranas.

Las golondrinas anidaban en los árboles, revolotean­do alegremente de rama en rama y disfrutando del calor del sol y de las flores de vivos colores. En cambio las ranas del pozo se parecían bastante a los seres hu­manos. Estaban siempre ocupadas, trabajando día tras día en un mundo sin color ni fragancia, sin variedad ni belleza, sin libertad. Su única finalidad en la vida era producir más y más, y trabajaban bajo la constan­te vigilancia de sus jefes, las ranas grandes. Las ranas grandes eran ricas y poderosas. Las ranas pequeñas eran pobres, estaban deprimidas y apáticas.

Un día de verano en el que un hilo de sol había penetrado en el pozo, una osada golondrina bajo a ver lo que allí había. Penetrando y saliendo de la oscuri­dad, cantaba la alegría y la libertad. Su canción invita ha a las ranas a vivir una vida mejor, a descubrir la experiencia de los días soleados y del cielo azul, de los placeres del amor y de la amistad.

Las ranas pequeñas escucharon embelesadas; pero las ranas grandes interrumpieron el canto de la golon­drina: << ¡Qué hacéis, ranas estúpidas, escuchando todos esos despropósitos sobre libertad y amor! Lo que importa es la creciente productividad y el alimento de los

beneficios. No hagáis caso de ese pájaro insensato que entra aquí a romper la paz y amenazar nuestra pros­peridad. Volved al trabajo. En el mundo real hay cosas más importantes que el amor y la amistad >>.

Aquella noche a has ranas les fue imposible dormir. Permanecieron despiertas pensando en las palabras de la golondrina y preguntándose si sería verdad lo que decía. Al día siguiente celebraron una reunión secreta.

<< La golondrina tenía razón >>, dijeron. << Tiene que ha­ber algo mas en la vida que trabajar. Queremos disfru­tar de una vida mejor, con tiempo para descansar y disfrutar de la compañía unos de otros. No querernos trabajar más para las ranas grandes. Queremos tener el control de nuestras vidas >>.

Poco después de aquello hubo una revolución en el pozo. Las ranas pequeñas hicieron frente a las grandes, y, tras una larga y reñida batalla, derrotaron a sus explotadores. Al fin eran independientes. Tenían tiempo libre y podían procurarse lujos y satisfacciones para vivir mas cómodamente. Se sentían muy felices en el fondo de su pozo y estaban muy agradecidas a la golondrina, que les había infundido valor e inspiración para cambiar su vida.

Pero poco a poco comenzaron a encontrar la vida aburrida e insatisfactoria. En su corazón experimentaban una sensación de inutilidad, un anhelo de algo más que la prosperidad material y la comodidad. << ¿Qué nos sucede? >>, se preguntaban. << ¿Por qué hemos perdido tan pronto la felicidad y la paz de espíritu que nos prometió la golondrina? Esperábamos algo mejor que esto. No es esto lo que queríamos >>.

Un día reapareció la pequeña golondrina revolotean­do sobre la lóbrega oscuridad del pozo. << ¿Qué hacéis aquí, viviendo en esta prisión con vuestro dinero y vuestro lujo? ¿Cómo podéis tolerar una vida tan mezquina y egoísta? ¡Ea! Dejad la seguridad de vuestro pozo, salid a la luz, haceos nuevas amistades y descubrid las necesidades de los demás. Compartid con ellos lo que tenéis. Sólo entonces encontraréis la vida mas

plena que os prometí cuando por primera vez bajé a vuestro pozo. Encontraréis un mundo lleno de color y fragancia, un mundo de amor y amistad >>.

Las ranas pequeñas tuvieron miedo. Se sentían muy seguras y protegidas en su pozo. Sin embargo, reunieron todo su valor y decidieron confiar en la golondrina y seguir su consejo.

Fuera del pozo encontraron cuanto ella les había prometido. ¡Qué liberador era desechar el miedo y ser libres para amar y dar! Sólo entonces comprendieron todo el sentido del mensaje que les había trasmitido la golondrina la primera vez que había entrado en su pozo.

**(Adaptación del guión de un audiovisual español)**

EL ASNO QUE NO QUISO SER TAN ASNO

Aquel día el dueño había castigado verdaderamente al pobre asno. ¡Cuántos sacos cargados sobre el lomo¡

Al atravesar un pequeño río, tropezó y cayó. Como llevaba sal, gran parte de ésta se disolvió en el agua.

Cuando el patrón logro levantarle, el asno se encontró mucho más ligero de peso. Y entonces pensó cuál era el secreto para trabajar menos: perma­necer en el agua lo más que se pueda.

Algún tiempo después nuestro asno llevaba una carga mucho más ligera: sacos de esponjas.

Tuvo que atravesar un pequeño río. << ¿Por qué no hacer que la carga sea aun más pequeña?», pensó.

Esta vez el asno se dejó caer en el agua. El amo no lograba levantarlo ni aun pegándole con la fusta. De esta manera, las esponjas se empaparon de agua y el peso aumentó lo indecible.

Era imposible levantarse y ponerse en pie.

Esta vez el pobre asno, que no quiso ser tan asno, murió ahogado.

**(E. Treves)**

LOS DOS RATONES

Una vez dos ratones, en busca de comida, entraron en un lechería. Se dice que uno era pesimista y otro optimista.

Dando un salto equivocado, los cayeron en un gran recipiente de leche.

¿Cómo salir de aquel mar blanco? Las paredes eran demasiado lisas y escurridizas...

Después de largas tentativas, el primer ratón, desi­lusionado por lo inútil de sus esfuerzos, se abandonó a la suerte y se ahogó.

El otro sin embargo, no perdió el animo y con su buen carácter, mientras nadaba, reflexionaba. Y com­prendió una cosa importante.

Si agitaba como un loco la leche, girando y regiran­do, el líquido se coagulaba.

De esta manera aumentó con mayor velocidad sus movimientos y la leche se convirtió en nata, después en mantequilla.

Puso sus pies sobre aquella porción de mantequilla y finalmente, dando un gran salto, salió del recipiente. ¡Y se salvó!

**(P. Righetto)**

EL CAMINO INTRANSITADO

Oculta entre las montañas en una región había una aldea. A la entrada había caminos, y donde se bifurcaban había tres señales. Una decía: << Al mar >>; otra: << A la ciudad >>, y la tercera: << A ningún sitio >>.

Desde que se tenía memoria, la gente sólo había ido por los dos primeros caminos. Nadie se había atrevido a seguir el camino que llevaba << A ningún sitio >>. Estaba desierto e intransitado.

Juanita, una chica de la aldea, no dejaba de hacer la misma pregunta a los aldeanos: << ¿ A dónde va el camino que lleva a ningún sitio? >>. Invariablemente recibía la misma respuesta: << A ningún sitio >>.

Los aldeanos temían por la seguridad de la pequeña y le dijeron: << No tomes nunca ese camino. Es muy peligroso. Nadie ha tenido jamás el valor de seguirlo >>. Pero Juanita pensaba para sí: << Si hay un camino, debe conducir a algún sitio >>.

Un día, Juanita se escabulló de la aldea y tomó fur­tivamente el camino prohibido. Caminó y caminó atra­vesando colinas y valles, corrientes y cascadas, bos­ques y desiertos. Seguía adelante sin cesar, hasta que comenzó a pensar que los aldeanos estaban en lo cier­to. El camino no conducía realmente a ningún sitio.

De pronto un día divisó un perro, y se dijo: << Si hay un perro, debe haber una casa o al menos alguna persona cerca >>.

Entre el miedo y la esperanza, siguió al perro. La condujo a un sendero hasta una casa oculta entre una frondosa arboleda. En la casa vivía una anciana. ¿Quién era? ¿Un hada o un espíritu benévolo? ¡Quién sabe!

<< Ven, pequeña >>, le dijo a Juanita. << Entra en mi casa. Es hermosa y está llena de tesoros. Durante muchos, muchísimos anos he estado esperando que alguien me visitara >>.

Le enseñó a Juanita su mansión llena de raros y preciosos tesoros. << Coge todo lo que quieras, pequeña >>, le dijo. << Todo lo que poseo es tuyo sólo con que lo pidas. Es tu recompensa por haber tenido el valor de tomar el camino que lleva a ningún sitio. Durante to­dos estos años he estado esperando, pero nunca nadie se atrevió antes a hacer el viaje >>.

Cargada de oro y de joyas, Juanita se despidió de la bondadosa anciana. El perro la llevó hasta el camino, y ella se volvió a la aldea.

Mientras, los aldeanos habían sospechado que Juanita les había desobedecido y que había tomado el camino prohibido. Ansiosos e inquietos, estaban con­vencidos de que alguna terrible desgracia le había ocu­rrido y que no volverían a verla. Se quedaron asom­brados al verla llegar por el camino con su preciosa carga de tesoros. Confiadamente les contó la verdad sobre el viaje, mientras ellos escuchaban maravillados y atónitos.

Pronto un tropel de aldeanos tomaron el camino hacia ningún sitio, ambicionando la recompensa que les esperaba. Caminaron durante días y noches sin de­tenerse a descansar hasta que llegaron a ningún sitio. No encontraron al pequeño perro, ni la casa, ni a la amable anciana. Se volvieron a la aldea llenos de amar­gura y contrariedad, maldiciendo a Juanita y acusán­dola de mentirosa y falsa.

Juanita movió la cabeza y dijo tranquilamente: << Es cierto que allí hay un tesoro que se puede encontrar, pero sólo para los que se atreven a tomar el camino que conduce a ningún sitio >>.

**(Adaptación de una fábula de Gianni Rodari)**

LA FLECHA ENVENENADA

En cierta ocasión se acercó un monje a Buda y le dijo: «¿Sobreviven a la muerte las almas de los justos?».Como era propio de él, Buda no respondió.

Pero el monje insistía. Y todos los días volvía a hacerle la misma pregunta; y un día tras otro recibía el silencio como respuesta. Hasta que no pudo soportarlo y amenazó con abandonar el monasterio si no le era respondida aquella pregunta de vital importancia para él; porque¿ a santo de qué iba él a sacrificarlo todo para vivir en el monasterio, si las almas de los justos no iban a sobrevivir a la muerte?

Entonces Buda, compadecido, rompió su silencio y le dijo: «Eres como un hombre que fue alcanzado por una flecha envenenada y al poco tiempo estaba agonizando. Sus parientes se apresuraron a llevar a un médico junto a él, pero el hombre se negó a que le extrajeran la flecha o se le aplicara cualquier otro remedio mientras no le dieran respuesta a tres importantes preguntas: Primero, el hombre que le disparó ¿era blanco o negro? Segundo, ¿ era un hombre alto o bajo? Y tercero, ¿era un bracmán o un paria? Si no le respondían a estas tres preguntas, el hombre se negaba a recibir todo tipo de asistencia».

El monje se quedó en el monasterio.

***Es mucho más placentero hablar del camino que recorrerlo.***

RANA DE POZO

En un pozo profundo vivía una colonia de ranas. Llevaban su vida, tenían sus costumbres, encontraban su alimento y croaban a gusto haciendo resonar las paredes del pozo en toda su profundidad. Protegidas por su mismo aislamiento, vivían en paz, y sólo tenían que guardarse del pozal que, de vez en cuando, alguien echaba desde arriba para sacar agua del pozo. Daban la alarma en cuanto oían el ruido de la polea, se sumergían bajo el agua o se apretaban contra la pared, y allí esperaban, conteniendo la respiración, hasta que el pozal lleno de agua era izado otra vez y pasaba el peligro.

Fue a una rana joven a quien se le ocurrió pensar que el pozal podía ser una oportunidad en vez de un peligro. Allá arriba se veía algo así como una claraboya abierta, que cambiaba de aspecto según fuera de día o de noche, y en la que aparecían sombras y luces y formas y colores que hacían presentir que allí había algo nuevo digno de conocerse.

Y, sobre todo, estaba el rostro con trenzas de aquella figura bella y fugaz que aparecía por un momento sobre el brocal del pozo al arrojar el cubo y recobrarlo todos los días en su cita sagrada y temida. Había que conocer todo aquello.

La rana joven habló, y todas las demás se le echaron encima: «Eso nunca se ha hecho. Sería la destrucción de nuestra raza. El cielo nos castigará. Te perderás para siempre. Nosotras hemos sido hechas para estar aquí, y aquí es donde nos va bien y podemos ser felices. Fuera del pozo no hay más que destrucción absoluta. Que nadie se atreva a violar las sabias leyes de nuestros antepasados. ¿Es que una rana jovenzuela de hoy puede saber más que ellos?»

La rana jovenzuela esperó pacientemente la próxima bajada del pozal. Se colocó estratégicamente, dio un salto en el momento en que el pozal comenzaba a ser izado y subió en él ante el asombro y el horror de la comunidad batracia. El consejo de ancianos excomulgó a la rana prófuga y prohibió que se hablara de ella. Había que salvaguardar la seguridad del pozo.

Pasaron los meses sin que nadie hablara de ella y nadie se olvidara de ella, cuando un buen día se oyó un croar familiar sobre el brocal del pozo, se agruparon abajo las curiosas y vieron recortada contra el cielo la silueta conocida de la rana aventurera. A su lado apareció la silueta de otra rana, y a su alrededor se agruparon siete pequeños renacuajos. Todas miraban sin atreverse a decir nada, cuando la rana habló:

«Aquí arriba se está maravillosamente. Hay agua que se mueve, no como allá abajo, y unas fibras verdes y suaves que salen del suelo y entre las que da gusto moverse, y donde hay muchos bichos pequeños muy sabrosos y variados, y cada día se puede comer algo diferente. Y luego hay muchas ranas de muchos tipos distintos, y son muy buenas, y yo me he casado con ésta que está aquí a mi lado, y tenemos siete hijos y somos muy felices. Y aquí hay sitio para todas, porque esto es muy grande y nunca se acaba de ver lo que hay allá lejos.»

De abajo, las fuerzas del orden advirtieron a la rana que, si bajaba, sería ejecutada por alta traición; y ella dijo que no pensaba bajar, y que les deseaba a todas que lo pasaran bien, y se marchó con su compañera y los siete renacuajos.

Abajo en el pozo hubo mucho revuelo, y hubo algunas ranas que quisieron comentar la propuesta, pero las autoridades las acallaron enseguida, y la vida volvió a la normalidad de siempre en el fondo del pozo.

Al día siguiente, por la mañana, la niña de las trenzas rubias se quedó asombrada cuando, al sacar el cubo con agua del pozo, vio que estaba lleno de ranas.

LOS SALVADORES

Cuando los seres humanos hicieron su aparición en la superficie de la tierra, los animales se alarmaron. Vivir al aire libre ya no seria seguro para ellos.

Los topos fueron los que más se inquietaron. Su jefe, asustado, les dirigió la palabra:

«Amigos, ya no estarnos seguros viviendo en la su­perficie de la tierra. No sobreviviremos con tantas ame­nazas contra nuestra salud y bienestar. La única solu­ción es retirarnos. Horademos la tierra, y allí podremos vivir protegidos de este entorno corrompido y peligroso».

Los topos abrieron túneles debajo de la superficie de la tierra y comenzaron su existencia oculta y subte­rránea. Aislados del mundo exterior; su vida era difícil, pero se sentían seguros. Para amoldarse al nuevo en­torno tuvieron que desarrollar formas de vida y de trabajo diferentes. Hubieron de formular una nueva filosofía de la vida y adoptar un nuevo sistema de valores. Había poco aire para respirar y el alimento escaseaba. A fin de sobrevivir, era esencial formar una comunidad robusta. Los topos tenían prohibidas las amistades personales, las relaciones íntimas y una vida social activa. Su vida estaba sometida a una fuerte disciplina y reglamentación. Sus líderes no cejaban de insistir en la propaganda:

<< Queridos hermanos y hermanas topos, somos se­res afortunados. Nos hemos salvado de la contaminación y los peligros del mundo exterior. Somos una es­pecie elegida. Fuera, en el mundo nuestros hermanos y hermanas animales están amenazados y corrompidos. Solamente nosotros llevamos una vida sana, pura y plena. Dios nos ha salvado de la corrupción del mun­do para que sirvamos de inspiración a otros y sigan nuestro ejemplo >>.

Todos los topos se hicieron eco de estas alentadoras consignas.

<< Hemos sido salvados de la corrupción y de los peligros del mundo >>.

<< Somos una especie elegida. Servimos de modelo a otros para que sigan nuestro ejemplo >>.

Tal fue su entusiasmo que muchos topos se levan­taron y dijeron a sus compañeros: << Si a esos infelices animales de fuera pudiéramos mostrarles la calidad de nuestras vidas, la fuerza de nuestra comunidad, la fe­licidad de nuestra existencia, fácilmente seguirían nuestro ejemplo y se salvarían. ¡Ea! Salgamos a ese mundo malvado a predicar nuestro evangelio de salvación a nuestros hermanos y hermanas para traerlos a nues­tras madrigueras >>.

Los topos salieron a la superficie llenos de celo e interés por sus hermanos y hermanas de la tierra. Al dejar la oscuridad y encontrarse con la luz del sol, los ojos les picaban por la intensidad de los colores, los oídos les dolían por lo desacostumbrado de los soni­dos, sus pulmones se asfixiaban por las ráfagas de aire fresco y su negra y gruesa piel les hacía imposible soportar la fuerza del sol. Se retiraron a sus madrigue­ras tan pronto como pudieron, y nunca mas se los volvió a ver en la superficie de la tierra.

TIMOTEO EL AMBICIOSO

Timoteo era un hombre ambicioso. Nunca tenía suficiente dinero y posesiones. Constantemente discutía con sus vecinos sobre cuestiones monetarias.

Un día uno de sus enemigos decidió acabar con Timoteo. Con gran astucia, se presentó ante él con un pequeño pez de oro en un vaso de cristal. Le dijo: << Timoteo, cuando este pez de oro alcance su tamaño total y muera de muerte natural, su cuerpo se convertirá en oro puro. Tú serás rico como jamás lo soñaste >>.

La insaciable ambición de Timoteo se impuso a su sentido común y se creyó la historia del pez de oro. Lo contemplaba de cerca con alegría y agradecimiento a su enemigo.

Se llevo el pez a su casa y lo metió en un pequeño recipiente. Lo alimentó generosamente, y, con gran con­tento suyo, fue creciendo y creciendo hasta que se hizo demasiado grande para el recipiente. Con gran dispendio hizo construir un depósito para el pez, y luego un pequeño lago. Constantemente soñaba con el día en que había de conseguir su oro.

Pasados muchos años, Timoteo había gastado todos sus ahorros y se había pasado los días alimentando y cuidando al pez, que continuamente crecía. Deseaba que se muriera para poder hacerse rico. Al final, en bancarrota y viejo, Timoteo se murió antes que el pez.

Nunca se dio cuenta de que su enemigo le había obsequiado con una ballena.

LO QUE NO PUEDE COMPRAR EL DINERO

Juanito era un hombre corriente. Tenía poco dinero, pero mucha felicidad. Estaba con­tento

satisfecho de su vida.

Un día, mientras paseaba por la calle, se encontró quinientas libras entre la basura. Sorprendido y sin darle crédito, cogió el puñado de billetes. Su primer impulso fue llevarse el dinero a casa; pero, después de un instante, mirando el dinero que tenía en sus ma­nos, le habló así:

«Eres un tesoro; pero, ¿realmente te necesito? Hasta hoy nunca te he tenido, y he sido perfectamente feliz mientras que he visto a muchos de mis vecinos carga­dos de billetes como vosotros, y sin embargo desdicha­dos. No quiero ser como ellos. Prefiero ser lo que soy sin vosotros a ser lo que ellos son con vosotros. No, no os necesito >>. Y, sin mas, arrojó los billetes a la basura.

Los billetes se sintieron muy ofendidos. Jamás antes se habían visto tratados de aquella vil manera. Aira­dos, le gritaron a Juanito:

<< ¿Quién te crees que eres? ¡Debes ser un completo idiota! Cualquier otro nos deseará y querrá poseernos. ¿Cómo te atreves a tratarnos así? Te maldecimos. Serás un desgraciado por habernos rechazado. ¿Ignoras que el dinero puede comprar todo lo que este mundo ofrece? El dinero abre la puerta del placer, el prestigio y el poder. Si nos posees, nunca te faltará nada de lo que los hombres pueden apetecer. El dinero da la felicidad. No seas necio. Cógenos y llévanos a tu casa >>.

Juanito replicó: Tienes razón en cierto modo. El dinero puede realmente comprar todas las cosas que este mundo ofrece; sin embargo no puede comprar los deseos más hondos del corazón de una persona. Mi corazón se ha sentido siempre satisfecho a pesar de no teneros nunca >>.

<< Mentiroso >>, dijeron los billetes. << ¿Qué sabes tú del mundo y de sus placeres? Vamos; dinos lo que no podemos comprarte >>.

Juanito sonrió tranquilamente mirando a los bille­tes dentro del basurero.

Es verdad que el dinero podría comprarme un le­cho de oro, pero no podría comprarme el profundo sueño del que disfruto. El dinero puede comprar cos­méticos, pero no puede comprar mi robusta com­plexión. El dinero puede comprar una casa suntuosa, pero no puede comprar la felicidad de mi hogar. El dinero puede comprar el sexo, pero no puede comprar el amor de mi matrimonio. El dinero puede comprar a la gente, pero no puede comprar la lealtad de mis ami­gos. El dinero puede comprar libros, pero no puede comprar conocimientos y sabiduría. El dinero puede comprar vestidos extravagantes, pero no puede comprar la dignidad personal. El dinero puede comprar di­versiones ocasionales, pero no puede comprar la ale­gría y la paz interiores. El dinero puede comprarme un caro funeral, pero no puede comprarme la muerte feliz que espero tener.

En otras palabras, todo lo que vale la pena, lo que es realmente precioso en la vida, tú, dinero, no puedes comprarlo. Sólo puedes introducirte falazmente en la vida de gente << inteligente >>, induciéndoles a creer que puedes dar lo que no está en tu poder. Eres un embus­tero y un mentiroso. Quédate donde estás, que es don­de te corresponde: en el basurero >>.

Dicho esto, Juanito prosiguió su camino silbando alegremente.

EL RETRATO

Sidney Smith era una especie de celebridad en la ciudad donde vivía. Un día decidió encargar a un artista local que pintara su retrato. El artista hizo un esbozo previo y se lo presentó a Sidney para su aprobación. Era de un parecido perfecto, pero Sidney se sintió molesto.

<< ¡Esto no es precisamente lo que yo quería! >>, dijo. << Ha hecho mi cara demasiado redonda. Tiene que ha­cerlo de nuevo >>.

El pintor hizo otro esbozo, pero Sidney no estaba aun satisfecho.

<< Mis espaldas no parecen bastante anchas >>, dijo. << Hágalo otra vez; pero ahora cambie algo las espal­das >>.

El artista hizo otro boceto con el rostro enjuto y las espaldas anchas.

Sidney movió la cabeza impaciente. << Aún no está bien >>, dijo. <<Me parece que la forma del mentón está mal, y los ojos son demasiado pequeños. Tampoco me gusta la nariz >>.

El pintor hizo un boceto tras otro, hasta que por fin Sidney se sintió satisfecho.

<< Bueno >>, dijo. <<Finalmente comienzo a gustarme >>.

Cuando tuvo el retrato en casa, invitó a todos sus amigos y parientes a que fueran a verlo. Todos se echaron a reír.

<< ¡Qué artista tan horrible! >>, dijeron. << No se parece en nada a ti. ¡Cómo ha podido

dibujarte de esa manera. No ha captado ninguna de tus cualidades: la bondad de tu rostro, el destello de tu mirada... Eres mucho mas atractivo de lo que aparentas en el cuadro >>.

Cuando se hubieron ido, Sidney miró el retrato aver­gonzado y confuso. Lo envolvió en un papel oscuro y se lo devolvió al artista.

<< He cambiado de parecer >>, dijo. << Deseo que haga el retrato de nuevo; pero esta vez hágalo como el boceto original que me mostró. Ese es el que más me gusta >>.

BÚSQUEDA DE MI YO

Había una vez un cantero que todos los días se dirigía a la montaña para cortar piedras de la roca. Con las piedras fabricaba umbrales y losas sepulcrales. Es cierto que sus ingresos eran modestos y duro el traba­jo, pero se mostraba satisfecho y no deseaba más. En cierta ocasión, el cantero tuvo que trabajar para un rico. Quedó prendado de la casa del hombre rico.

- << Si fuera rico no tendría que cortar piedra duran­te toda la jornada >>, exclamó.

Para su asombro, oyó repentinamente la voz del buen genio:

- << Tu deseo se cumplirá: serás rico >>.

Pronto el cantero olvidó su vida anterior. Aquel verano fue cálido y los rayos caían con más fuerza sobre la tierra. Hubo una enorme sequía. El picape­drero rico exclamó:

- << El sol es más poderoso que yo... Quisiera ser sol >>.

El buen genio hizo realidad el nuevo deseo. Con orgullo envió sus rayos sobre la tierra. Sólo una nube se interpuso entre la tierra y el sol.

- << ¿Cómo puede ser una nube más potente que el sol? Quiero ser nube >>.

Convertido en nube hizo llover torrencialmente todo se destruía a su paso. Todo menos una empina­da roca que permanecía indiferente a la furia de la nube.

- << Quiero ser roca >>, exclamó nuestro expicapedre­ro.

Como en ocasiones anteriores se le concedió el deseo.

Un día, un hombrecito llegó hasta la roca y comenzó a demoler la base.

- << ¿Cómo un hombrecito es más poderoso que yo?... Quiero ser picapedrero >>.

Y nuestro hombre volvió a ganarse el sustento con el sudor de su frente, ejerciendo su oficio primero.

**(Anónimo)**

SOMOS SIMPLES INSTRUMENTOS EN LAS MANOS DE DIOS

En el escritorio de un famoso poeta había un tinte­ro que, por la noche, cuando las cosas cobraban vida, se daba mucha importancia. Decía:

- << Es increíble la de cosas hermosas que salen de mí. Con una sola gota de mi tinta se llena toda una página. ¡Y cuántas cosas magníficas y conmovedoras se pueden leer en ellas! >>.

Pero sus jactancias provocaron el resentimiento de la pluma:

- << ¿No comprendes, tonto barrigudo, que tú sólo eres el que pone la materia prima? Soy yo la que con tu tinta escribo lo que hay en mí. ¡La que realmente escribe es la pluma! >>.

Volvió el poeta que fue a un concierto y que con la música se había inspirado. Y escribió en una hoja:

- << ¡Qué necios serían el arco y el violín si pensaran que son ellos los que tocan! Igual de necios somos los hombres cuando presumirnos de lo que hacernos, olvidando que todos somos simples instrumentos de Dios >>.

**(Popular)**

EL VIEJO CALVO Y FEO

Estaba Dios un día paseando por el cielo cuando, para su sorpresa, se encontró con que todo el mundo se hallaba allí. Ni una sola alma había sido arrojada al infierno. Esto le inquietó, porque ¿acaso no tenía obligación para consigo mismo de ser justo? Además, ¿para qué había sido creado el infierno, si no se iba a usar?

De modo que dijo al ángel Gabriel: «Reúne a todo el mundo ante mi trono y léeles los Diez Mandamientos». Todo el mundo acudió y leyó Gabriel el primer mandamiento. Entonces dijo Dios: «Todo el que haya pecado contra este mandamiento deberá trasladarse al infierno inmediatamente». Algunas personas se separaron de la multitud y se fueron llenas de tristeza al infierno.

Lo mismo se hizo con el segundo mandamiento, con el tercero, el cuarto, el quinto... Para entonces, la población del cielo había decrecido considerablemente. Tras ser leído el sexto mandamiento, todo el mundo se fue al infierno, a excepción de un solo individuo gordo, viejo y calvo.

Le miró Dios y dijo a Gabriel: «¿ Es ésta la única persona que ha quedado en el cielo?».

«Sí», respondió Gabriel. ¡Vaya!», dijo Dios, «Se ha quedado bastante solo, ¿no es verdad? Anda y di a todos que vuelvan».

Cuando el gordo, viejo y calvo individuo oyó que todos iban a ser perdonados, se indignó y gritó a Dios: «¡Eso es injusto! ¿Por qué no me lo dijiste antes?».

***He aquí otro fariseo a la vista*.**